



LOS TITULARES BATLLISTAS DEL CONSEJO NACIONAL DE GOBIERNO

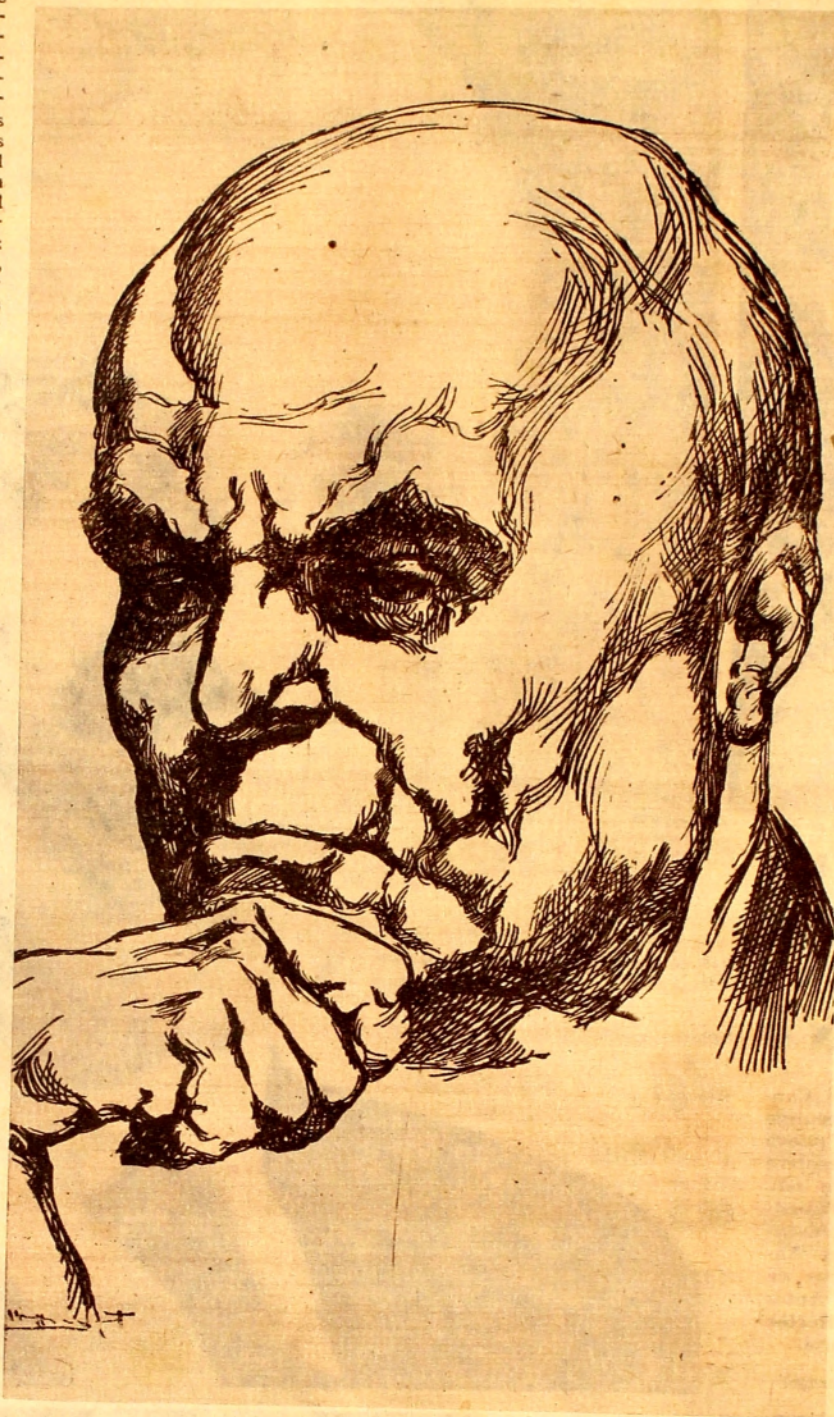
En el día de ayer quedó instaurado el Consejo Nacional de Gobierno, cuerpo ejecutivo colegiado que ha sido creado por la nueva Constitución para sustituir al Poder Ejecutivo unipersonal. Los miembros que forman este primer gobierno fueron designados directamente por la Asamblea General, estando representado el partido "Batllismo" por los Sres. Andrés Martínez Trueba, último Presidente de la República por su propia decisión; Sr. Antonio Rubio; Dr. Francisco Forteza; Dr. Héctor Álvarez Cima; Dr. Luis Alberto Brause.

(Fotografía Juan Caruso)



ENTREVISTAS SIN PALABRAS

B. SANIN CANO



Y al asomarme, al cabo de tantos años, a las columnas de "El Tiempo", de Bogotá, veo estampado su nombre como centro de contiendas y nuevas inquietudes. ¿Dónde lo leímos por vez primera? Herederos de la guerra 1914-18, s mansalmente abrimos las páginas de los suplementos de los grandes rotativos rioplatenses, oteando en ellos las corrientes espirituales del pensamiento contemporáneo. Especialmente en "La Nación" colaboraban entonces firmas representativas del pensamiento liberal vinculado a la cultura de Occidente. Los lectores españoles e hispanoamericanos esperábamos los suplementos con alguna ansiedad, creyendo que los hombres de nuestra estimativa intelectual aclaraban nuestras dudas o nos mantenían la fe en una posible reconstrucción moral del mundo. La lectura de sus colaboraciones se insinuaba con la consabida frase: "Vamos a ver que nos dicen Araquistáin, Unamuno, Ortega y Gasset, Sanin Cano..." Otras firmas no menos autorizadas buscaban nuestra curiosidad, pero la atracción preferente la ejercían los mencionados, viendo en ellos una mayor densidad de proyección espiritual, un más íntimo fervor en la inquietud, una más sostenida presión expositiva.

¡Cuántas decepciones desde entonces! ¡Cuántas claudicaciones de hombres que creíamos señeros! ¡Cuántos intelectuales que se sublevaron contra Primo de Rivera, por el solo hecho del desprecio con que el pollo jerezano hablaba de los "intelectuales", creídos ellos con derecho a regir el pensamiento mundial, aparecen ahora sonrientemente sometidos, sin voz ni voto en los destinos de la cultura de su propio país! Pero no es esta ocasión de lamentarnos. Sólo queremos expresar nuestra alegría de hoy, al asomarnos a las columnas del suplemento de "El Tiempo" de Bogotá, y ver la firma de B. Sanin Cano. Con ansiedad leímos su trabajo sobre "El último libro de Téllez". Ansiedad no desprovista de temor, pues si los años aumentan experiencia también suelen agregar reblandecimiento. Y me pregunté: ¿Se mantendrá firme Sanin Cano? ¿Podremos leer sus colaboraciones con aquella misma esperanza con que las leíamos en "La Nación" de Buenos Aires, en los años críticos posteriores a la primera guerra? Vamos a ver qué nos dice Sanin Cano.

Una de las constantes de nuestra preocupación ha sido la cultura hispanoamericana. Nuestro regreso a España en 1936, bajo el mandato de la guerra, nos separó del afán literario en torno a esa cultura. Después, la represión nos aisló forzosamente del contacto de los libros. Años perdidos, desvinculado del movimiento literario hispanoamericano. La primera manifestación literaria que recibí fué un ejemplar de "El Tiempo", de Bogotá, que mano amiga me hizo llegar a la cueva donde estaba escondido. En el suplemento, vi las firmas de López de Mesa, Nieto Caballero, Germán Arciniegas, Sanin Cano y otros, que afirmaban con su palabra la fe en la causa de la cultura. Después, mi encarcelamiento y todo lo demás, mi fuga a Francia, mi viaje a Uruguay, y nuevamente un ejemplar del suplemento de "El Tiempo" que me reabre el contacto con el pensamiento colombiano.

De entre tantos hombres a quienes no pude conocer personalmente durante mi viaje a Colombia, sigo, en la medida de lo posible, al maestro Sanin Cano. ¿Qué hombre de mi generación, preocupado por las cosas de América, no habrá recibido su benéfica influencia? Otros intelectuales han ejercido magisterio en las generaciones hispanoamericanas. José Carlos Mariátegui, José Vasconcelos, Alfredo Palacios. En otro orden de influencias, Gabriela Mistral escapa a lo específicamente político. Sanin Cano guarda afinidades, aunque también diferencias, con José Enrique Rodó. Afinidades en cuanto al deseo de llegar a la médula de la realidad americana, divergencias en cuanto a los medios para interpretar esa realidad. El pensamiento de Rodó era bilateral en su formación helénica clásica y francesa del siglo XIX. Sanin Cano es polifacético. No hay cultura extraña a su capacidad asimiladora. El pensamiento de Rodó era el resultado de un forjado estilo en el que se integran la gravedad y la gracia. Sanin Cano, de bien cimentada influencia nórdica, funde el bien decir y el profundo pensar, con la dosis ática de su espíritu antioqueño. En ambos la serenidad guía los pasos por el jardín de Academio, evocando, en el uruguayo, el Partenón, y en el colombiano, más realista, las sabanas, ríos y cordillera de su tierra.

Ultimamente hemos gustado un aspecto del trabajo de Sanin Cano. Nos referimos a su libro "Letras Colombianas". Como era

lógico suponer, la convencional "hispanidad" ha tenido la virtud de aislar a España de Hispanoamérica. Gracias a esa "hispanidad", de las librerías de España han desaparecido los libros de autores hispanoamericanos. Se exhiben, sí, autores que nos hablan de la cruz, de la espada y las carabelas con una fe, una devoción y una pasión muy dignas del siglo XVI, pero la verdad es que la "hispanidad" ha apartado el pensamiento hispanoamericano de la edición y librerías españolas. No es que no se editen en Hispanoamérica buenos libros, lo que sucede es que, aunque escritos en español, espiritualmente son de un estilo antipoda al predominante en la España con censura, si bien ellos, los hispanoamericanos, son los verdaderos continuadores del tradicional estilo hispánico, con su mensaje de liberación universal.

A ese estilo pertenece el libro de Sanin Cano. Parece el desarrollo de un programa de literatura, con las limitaciones que los programas establecen. Pero a la vez es un guión de autores y obras con juicio fundamental para una historia de la literatura colombiana. ¿Y por qué no ha de ser Sanin Cano el autor de esa historia? Su ecuanimidad y bagaje documental ofrecen los requisitos necesarios para que la obra pareciera libre de sectarismos y apasionamientos negativos. Su pensamiento gravita al

margen de la parcialidad, sin compromisos de escuela, para centrar la obra en las corrientes intelectuales del tiempo y en la interpretación psicológica de los autores.

Por entonces leímos (ese entonces se refiere a nuestros años de cautividad en España) una crónica, indicio polémico, si mal no recordamos, entre Sanin Cano y Max Grillo, así como una nota de H. Trellez sobre la imposibilidad de que haya crítica literaria colombiana. Sanin Cano argumentaba en el sentido, dicho al desgaire, que "ni falta que hacía". Según él, la crítica la hacen los novelistas, poetas, cuentistas, ensayistas que diariamente interpretan el variado espectáculo de la vida. Pero no es ésa, naturalmente, la crítica como género literario. Ella no es necesaria para que se desenvuelva la capacidad literaria de un pueblo. No tiene por objeto enseñar a los poetas a hacer poesía ni a los novelistas a hacer novelas. Su misión es mucho más humilde si bien más trascendente. Su misión es señalar la permanencia y continuidad de la vida espiritual de una colectividad humana, cómo cambian los medios de expresión artística, causas que condicionan esos cambios, cómo se asimilan las influencias externas, cómo se superan, o cómo ellas anulan el propio genio nacional, hasta el grado de aparecer nuestra literatura co-

mo una colonia espiritual de otras literaturas. La crítica circunstancial de libros o oposición de criterios interpretativos es siempre polémica, muy interesante, de luego, porque sacude la modorra conformista y despierta inquietudes, pero es crítica verdadera. La crítica es recreación de obras, en el mismo sentido que la literatura es recreación del mundo. La crítica no tiene por misión enseñar a escribir a los escritores, aunque tiene una misión docente: la de enseñar a leer literatura. Las zonas de población cada vez más extensas que gracias a la crítica van superando gustos literarios.

En Colombia puede haber y hay crítica literaria como la hay en todos los pueblos vinculados a la cultura de Occidente. La falta de antecedentes a que se refiere Sr. Téllez es una dificultad, no tanto para la crítica en sí, sino en cuanto el crítico se obligado a personalizar refiriéndose a aspectos de una cultura de la cual es agente o lo son sus allegados desde los primeros momentos de su iniciación. Cien años de vida independiente no eliminan del panorama cultural lo que en él hay de referencia personal. Hablar de Julio Arboleda o Jorge Isaacs en Colombia difícilmente puede hacerse sin que la parcialidad política no tome voz en los juicios. Pero aunque así sea, conviene hacer la crítica para ayudar al tiempo en la definición de los valores literarios.

¿Y quién podrá igualar a Sanin Cano en ese magisterio crítico? A la par de su vasta información, su ponderación en el juicio. Lo clásico y lo moderno se conjugan en él para la visión panorámica de la cultura y su trato con los hombres le ha enseñado a llegar al fondo de su autenticidad espiritual. Su estilo es a la vez adecuado al ejercicio crítico. Sus colaboraciones periodísticas nos dan la impresión de obras acabadas, en las que no hay palabra de más ni de menos. A veces nos da la impresión de haber escrito el principio y a continuación el fin, intercalando luego su discurso en forma de arco perfecto. Es un auténtico intelecto, todo lógica y medida, de quien algún día, difundidas sus obras, sabrán las futuras generaciones hispanoamericanas, que hubo un hombre, un colombiano, que desde Bogotá sintonizaba con todas las ondas culturales del mundo, armonizando su pensamiento con lo que de actual y permanente crea la cultura.

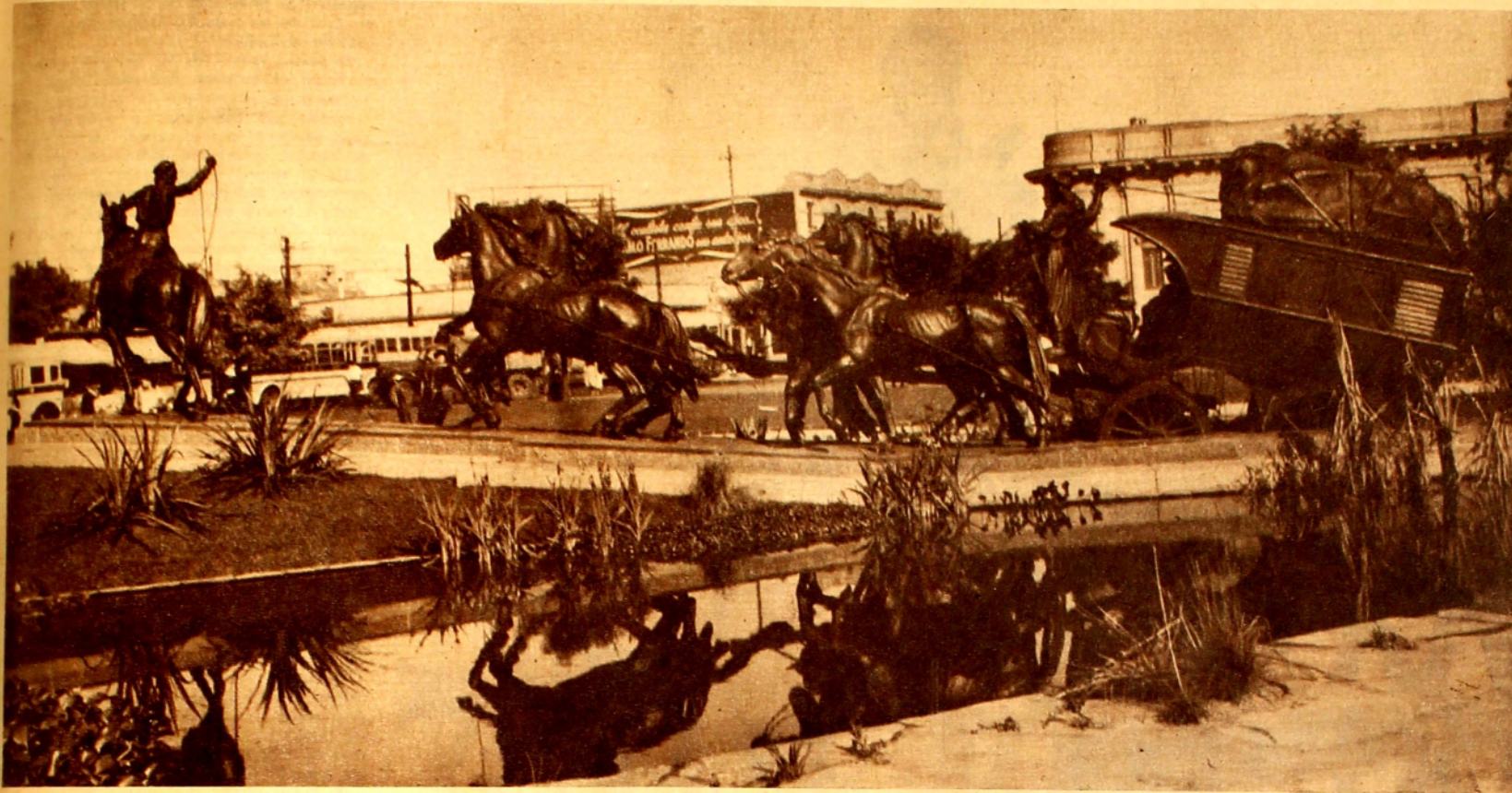
Desde mi residencia en Montevideo reanudado el contacto con las corrientes culturales de Hispanoamérica, el suplemento literario de "El Tiempo", de Bogotá, me aviva el recuerdo de esperanzas que parecían muertas, pero vivas estaban en el fondo del corazón. La infinidad de claudicaciones de figuras que creíamos señeros, nos hacía dudar de la cultura misma. Cuando abrimos las páginas de alguna revista o diario, la aparición de algunas firmas nos delataba la traición y deslealtad a los principios que ellos infundían a sus discípulos. Los años sombríos de la Guerra de España y a continuación la Guerra Mundial, reflejada a los intelectuales, los delataban en función de baja servidumbre. Pero no todo era baja servidumbre, deslealtad y traición. Había también consecuencia, probidad, lealtad a los principios normativos de la vida espiritual. No todo es sumisión a Stalin o a Franco. No ha enmudecido la palabra que dignifica al hombre proclamando el respeto a la libertad de los hombres. Sólo los espíritus serviles odian la libertad y la niegan al prójimo.

Por eso hoy, al abrir las páginas del suplemento de "El Tiempo", al ver la firma del autor de "La Civilización Manual", como en los años del adolescente optimismo, hemos exclamado: "Vamos a ver qué nos dice Sanin Cano". Y su prosa no nos ha defraudado, su pensamiento se conserva, a los noventa años, con la misma clara profundidad de sus mejores años adultos. Permanece su consubstancial lealtad a la democracia como norma política de vida, a la libertad como impulso ideal y a la cultura como fuerza permanente que mueve al hombre hacia la luz.

Mi voz de exilado político no pudo llegar a él como manifestación de gratitud por haberme reabierto la fe en los hombres con magisterio de vida, cuando de toda América le llegaba el mensaje de admiración. Pero llega hoy, y es una voz española que forma coro con la de toda España vencida pero no sometida a la bestia negra.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

Montevideo, febrero de 1952.
(Especial para EL DIA).



Reflejo de agua y adecuadas plantaciones de flora indígena le dan al bello grupo escultórico el paisaje propicio, lleno de sugerencias y emociones.

“LA DILIGENCIA” OBRA DE BELLONI



EN el cruce de la Avenida Agraciada con el Camino Castro, uno de los parajes más agradables de los alrededores de la ciudad, lugar que debió ser estratégica encrucijada de rutas desde las poblaciones del interior hasta las puertas de Montevideo, se ha colocado el monumento a “La Diligencia”, del escultor Belloni, inaugurado hace pocos días. La obra magnífica, sobre la que tan reiteradamente hemos venido dando noticias en estas páginas, ha sido rodeada de enjardinado agreste con ojos de agua que reflejan el grupo escultórico, dándole amplio ambiente, constituyendo un indudable acierto la ubicación dada por la Municipalidad.

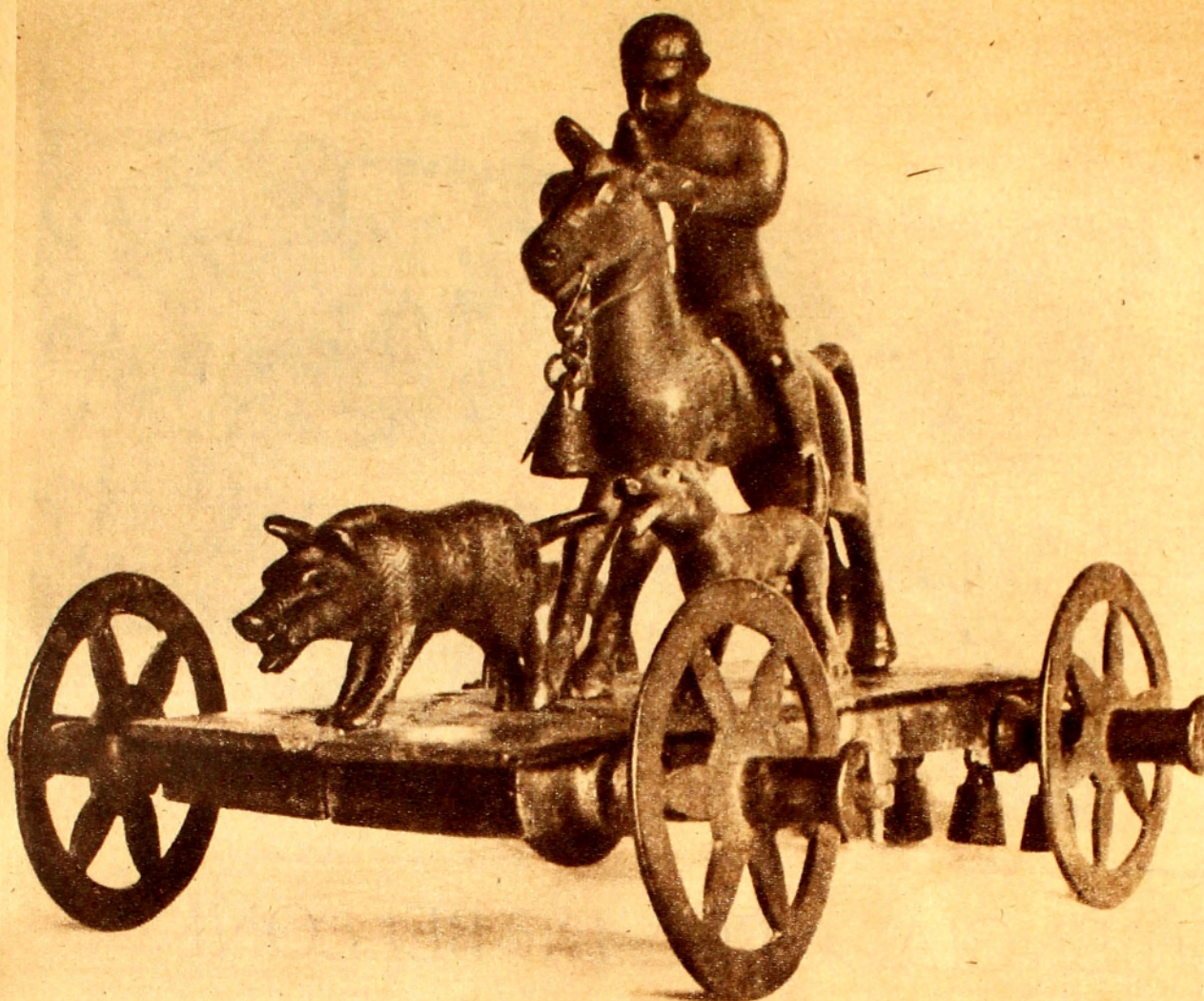


Rodean al escultor José Belloni, el Ministro de Instrucción Pública doctor Blanco Acevedo, el del Interior señor Guichón y el Intendente Municipal señor Barbato, con el Director de Paseos arquitecto Scasso y el Subsecretario de Instrucción Pública, señor Gomensoro.

Palco oficial, en el momento en que el Ministro de Instrucción Pública pronuncia su discurso en el acto inaugural del monumento.



“La Diligencia” es el monumento del escultor José Belloni, emplazado con acierto en el Camino Castro y Avenida Agraciada, que le ofrece adecuado ambiente para evocar cuanto ella representa en nuestro panorama espiritual.



El caballero solar urge a su cabalgadura.

DESTINO CULTURAL DEL HOMBRE A CABALLO

TODAVIA no se ha escrito la historia cordial y conjunta de las poblaciones ecuestres de América y carecemos de una antropología filosófica del gaucho uruguayo.

El vaquero tejano, el charro mejicano, el goajiro cubano del siglo XIX, el paisano dominicano de Cibao, el llanero venezola-

no, el caballista de Tarija, el huaso chileno, el sertanejo brasileño y el gaucho rioplatense son las encarnaciones regionales de un espíritu que trasciende la geografía y da entonación a un estilo vital creador y vigoroso.

El hombre de a caballo es el constructor de la historia, el demiurgo montado de las

altas culturas.

El agricultor neolítico vivía en condición servil frente a la naturaleza. Los frutos de sus sementeras dependían de la benevolencia de las lluvias; los muros de su choza de barro le enajenaban la visión profunda y aventurera del horizonte; el espíritu de previsión lo constreñía a erigir hórreos, a

excavar silos, a guardar avaramente las especies; la propiedad de la tierra lo hacía esclavo de su solar y desconfiado centinela de su lindero.

El pastor apeado de las estepas tampoco se había emancipado del pardo dogal de la tierra. Envuelto por la polvareda que levantan sus ganaderías y ayudando al paso vacilante por el cayado va en busca de campos gramíneos, escuchando por doquier el rumor indescifrable y rencoroso del cosmos, padeciendo sus catástrofes, adorando a dioses versátiles, ensalzando a oscuros talismanes, sobrecogido por el misterio mágico del temor y del azar.

Pero cuando el hombre doma y monta el caballo la antigua relación se invierte.

Este hombre ya no siente bajo sus plantas el pasado acento del surco ni la dolorida ruta de la trashumancia. Una noble bestia sumisa tiembla ceñida por sus piernas, se abalanza ante la incitación de sus talones y obedece al imperio embrizado de su mano. El lejano círculo del horizonte que apretaba con su lazo telúrico ya no es frontera sino mirador; la fatiga de las apeadas travesías y el símbolo patriarcal pero pasivo del cayado son reemplazados por correrías raudas y lanzas depredadoras.

El jinete es dueño de su destino. Está ya para siempre manumitido del escenario primordial lleno de alusiones tradicionales y vínculos sagrados. Desde su montículo semoviente y nervioso custodia el ganado propio y roba el ajeno, asalta los poblados agrícolas, descubre nuevas comarcas físicas y espirituales.

Ahora es semeiante a los dioses. Los ritmos de las estaciones que le imponían una actitud casi vegetal frente al medio son alterados por el deambular de la foga criatura que lo yergue sobre el derredor conquistado.

Y la movilidad del nuevo vehículo incide en su conformación mental.

Teológicamente ya no lo amedrentan las sombrías potestades de la tierra madre. Económicamente se ha convertido en un buscador ágil de nuevas fuentes alimenticias para la supervivencia del grupo. Biológicamente ha comenzado su carrera consciente de animal de presa.

Intelectualmente ha adquirido clara noción de las virtudes dominantes y rectoras de la especie homo.

Y todo ello mezclado ha hecho nacer el espíritu señorial de que habla Max Weber al referirse a los nómadas de a caballo.

Para solucionar sus "problemitas" de belleza...

confíe en
Dorothy Gray

¿Ha notado usted la aparición de arruguitas alrededor de los ojos, aflojamiento de la piel y dilatación de los poros? Este es, entonces, el momento de prestar a su cutis una atención especial para devolverle su juventud y frescura.

A POROS DILATADOS

Si existen puntos negros, limpiar con Granulada de Limpieza. Si el cutis es seco, aplíquese además Pasta Higiénica. Y si es muy grasoso, use Loción Cutánea, o Loción para Cutis Grasoso si es muy grasoso, y de noche Pasta Higiénica.

B PATAS DE GALLO

Para evitar y eliminar los temidos arrugas alrededor de los ojos, use Crema para los Párpados, que impide que su piel se reseque, y atenúa notablemente las líneas que se forman en esta zona.



C PIEL FLOJA

El Aceite para los Músculos da firmeza a los tejidos y borra las líneas desagradables. Si su cutis es reseco y avejentado, use además la Crema Condensada, que contiene extractos emolientes para contrarrestar la flaccidez y sequedad de la piel.

★ Sobre cualquier problema de su cutis consulte a las vendedoras especializadas en las casas que distribuyen productos Dorothy Gray.



En el bronce ibérico prevalece la desmesura corporal y heroica del jinete.

El nómada ecuestre en sus fricciones del año 2.000 a. de J. C. con los sedentarios agricultores hizo brotar la lumbré razonante de las primeras culturas.

Entre los años 1780 y 1660 antes de nuestra era una bélica turba de hyksos, término que según Manethon significa reyes pastores, atronó con el relincho de sus caballerías y el ruido mortal de sus armas, el valle de Egipto. Esta gente mortada irrumpió con desmesurada mentalidad en

PRODUCTOS DE BELLEZA DE MAXIMA JERARQUIA

las tierras fértiles que sustentaban a espigas vegetales y humanas mecidas por una misma brisa de divinidades y regadas por un isócrono vaivén de inundaciones nilóticas. Durante su dominación se hundieron las categorías inmemoriales y el orden cósmico de la agricultura, pero la especulación filosófica fué viva y el cuerpo teológico se reanimó con la sangre de otros dioses.

Los hicsos fueron expulsados al fin, pero quedó el caballo.

Y con el caballo advino el caballero, esto es, el hombre que puede mantener lustrados bridones merced a su ocio noble sustentado en una riqueza nacida del feudalismo y afianzada por el botín. El caballero es antes que nada una figura económica, pero también es el trasunto de una mentalidad épica surgida del ejercicio agonal y de una reciedumbre muscular creada por el diario menester de la equitación hazañosa. Y con el caballero se organizó el ejército egipcio, una fuerza coherente y disciplinada que puso a los antiguos labriegos en condiciones de extender sus dominios más allá del estrecho valle coronado por la húmeda flor del delta.

Cosa parecida sucedió con las invasiones de los cassitas en Babilonia y con la penetración de los aqueos primero y dorios luego en la Grecia arcaica.

En el templo cretense de Prinia se halló un friso esculpido posiblemente por los minoanos sometidos a los dorios. El caballo era considerado en Creta como una bestia de tiro y no como un arma de guerra. Por eso el artista exagera el tamaño de los equinos. El jinete, allá arriba, es lo secundario; el ariete de carne, espuma y nervios, el caballo de combate, cubre con su hierática grandeza todo el ingenuo bajo-relieve.

Es que el caballo ha transformado el vínculo del hombre con la naturaleza y con la sociedad.

La quietud botánica del ser adherido al paisaje se convierte, merced a la equitación, en un desarraigado pulular de pueblos, en apetencia de lejanías, en incitaciones para una metafísica antropocéntrica, en los aforismos desaprensivos de un ethos cruel.

Cuando Eneas desembarcó en Italia, cuatro potros blancos retozaban en una pradera. Al verlos, uno de los suyos exclamó: "Oh, tierra extranjera, tú nos prometes la guerra".

Sí, el caballo es el mensajero de la guerra. Pero es también el emblema del Sol.

En el museo de Saint-Germain puede verse el caballero solar de Mérida persiguiendo con la ayuda de un perro al jabalí comedor de bellotas y jerarca de las tinieblas. Pero tras los cultos solares se agazapan los símbolos. El caballo celeste es guiado por los dioses; el terrestre, por la luz intelectual del hombre, por su esclarecido señorío de fundador y divulgador de la sabiduría, por su prioridad en la lid y en la conquista.

Un bronce ibérico nos da la dimensión de esa asociación mundanal entre el equino y el jinete. El hombre lo es todo; la cabalgadura padece bajo su peso de atleta y su talla de gigante. Ya no se repiten los caballos imponentes del friso dórico; es el varón de Numancia quien atruena ahora el alma del fundidor hispano con su alarido heroico y su efígie atroz; es el Cid futuro quien proclama los valores prevalentes de la humana y campeadora especie sobre todos los demás órdenes de la creación.

Pero el caballo es además el aliento del Espíritu.

Tengo entre mis manos una ilustre moneda de Corinto. Desde la plata antigua brota el cuño alado y ardiente del caballo de las Musas que un día domara Belerofonte, el héroe del ítsmo.

Se adivina fluir, bajo el golpe de sus cascos dimirutos, la sagrada fuente de Hipodamia que humedece las cepas de la vid, que da de beber al peregrino, que llena las ánforas gentiles. El divino gorgoteo de la lluvia fecunda a la menguada gea helena; el mitológico caballo es la nube, el húmedo corcel aéreo con crines de relámpagos y relinchos de truenos.

Las alas de Pegaso buscan el alto firmamento. Belerofonte ha sido ya precipitado a tierra por su afán sacrilego de alcanzar el Olimpo, la morada de los inmortales. Un tábano, el tábano de la futura razón socrática, ha hincado en el anca de Pegaso su lanceta cáustica. El ijete yace en el remoto y bajo suelo, ciego, maltrecho, con las piernas quebradas, y el noble bruto llega ya a las estrellas. Y allí quedará por siempre, formando la constelación que lleva su nombre.

La leyenda celebra la gloria del caballero caduco y del alado caballo pérenne con fina intención pedagógica como antes encarnara en el Centauro los atributos bé-



El caballero solar persiguiendo al jabalí de las tinieblas (Museo de Saint Germain).

licos y la sabiduría de las gentes ecuestres.

Porque no en vano Aquiles fué educado por Chirón y Hércules vencido por la sangre de Neso.

El hombre de a caballo representa la irrupción juvenil de los períodos históricos creadores. Abenaldún, el filósofo de la historia bereber, nos ha legado un cautivante cuadro de la dinámica cultural del desierto, aplicable por otra parte, a casi todos los nómadas ecuestres.

El beduino árabe es el nómada por excelencia. Con sus familias, sus rebaños de camellos y sus tiendas rueda tras las pasturas codiciadas.

El caballo es su más grande y lujoso orgullo, su caudal más estimable.

En el lomo de las jacas aprende las tablas del valor, el silabario de la libertad, los mandamientos de la hiérarqua, el espéculo de la nobleza, el código de la guerra. Si un Sheik árabe entrega el caballo, sella el cautiverio de su tribu.

Pero el beduino es temperamentalmente insumiso y prefiere la muerte al cautiverio. Como buen nómada desdeña la vida muelle de las ciudades. Diodoro de Sicilia afirma que a los Nabateos, una tribu de la Arabia Pétreá, les estaba vedado sembrar trigo y construir casas porque para conservar tales bienes había que renunciar a la libertad. Y es así que los poetas árabes dicen: "Pobre del hombre que tome a la

tierra por nodriza; no tarda en hallar un amo". La hospitalidad proverbial de la tienda del beduino, abierta aún para el mayor enemigo, tiene un supremo fundamento ético condicionado por el medio geográfico; frente a una naturaleza estéril y sitiabunda, en el albergue donde hay agua, sombra y dátiles, todos los hombres son hermanos.

El beduino es además, un poeta. "La be-

lleza del hombre — expresa un aforismo árabe — radica en la elocuencia de su lengua". Y no sólo es un poeta sino que también es un racionalista. A lo largo de sus marchas aprende a contar los animales y a descifrar la luminosa mecánica del cielo. Es un matemático en potencia y un astrónomo empírico. "¿Quién se atreve a disputar a mi tribu su preeminencia en jinetes, poetas y números?", prorrumpe un cantor del desierto.

Axiología ecuestre, lirismo e inteligencia: he aquí la trinidad de los hombres de a caballo, el tripode cultural del beduino.

Pero volvamos ahora al historiador Abenaldún y a su filosofía del nomadismo.

Abenaldún era un bereber que floreció entre 1332 y 1406. En su obra *Prolegómenos a la Historia*, adelantándose a Juan Bautista Vico, Herder y Spengler plantea el problema del nacimiento y muerte de las culturas.

Hay una dialéctica constante entre la vida nómada y la sedentaria. La vida social comienza en el campo y termina en la ciudad. Los campesinos de a caballo representan la fuerza de los leones; los ciudadanos, la astucia de los zorros. Los unos acostumbrados a la ruda vida de privación poseen un claro sentimiento de la "Asabijja", esto es, de "l'esprit de corps"; los otros, hechos a la molice urbana, se consumen egoístamente entre las exquisites de la civilización.

Cuando los nómadas se echan sobre los sedentarios salta la chispa de un período creador. Del desierto vienen las virtudes heroicas y organizadoras, el sentido señorial, la disciplina, el sobrio ad-mán del gobernante. En la ciudad están, en cambio, la riqueza, la cultura, los medios aptos para ercauzar esa enorme energía que sopla como un simún desde las viriles soledades. Así nacen los Estados. Pero a la larga el antiguo nómada es corrompido por el sutil gusano del refinamiento. La ciudad cambia el músculo magro por la gordura sensual, el ánimo ejecutivo por el sibaritismo esceptico, el gesto dominador del joven por la indiferencia del anciano. Un crepúsculo de oro anuncia el fin del ciclo. Ya han pasado el fundador, el conservador y el imitador. Pronto desde el desierto llegará el destructor para comenzar de nuevo otro período de auge. Hasta que la vida sedentaria lo cautive con su sistema hedonista y sea a su vez destruido por otra oleada de nómadas vigorosos.

Abenaldún escribió teniendo presente la realidad política y social del Africa del Norte.

Pero su sociología del nomadismo puede aplicarse a todas las culturas y también vale, con las atemperaciones del caso, para la circunstancia vernácula.

Nuestro gaucho abrevó en la fuente eterna del caballista universal. Del montado pastor indoeuropeo retuvo la movilidad mental y el espíritu de barbara gallardía. Del árabe heredó los ocios del desierto llenos de canto y de cotaje y la cordialidad hospitalaria. Del peninsular de la conquista conservó el sentimiento del honor y la guerrera furia española. Del indio taciturno recibió el virtuosismo hípico, el amor devoto y sombrío por el terruno, la sagrada cólera de la libertad.

El gaucho fué todo esto merced al caballo. Pero la civilización lo ha devorado como a los rómadas de Abenaldún.

Sin embargo, en nuestro escudo sigue trotando el heráldico potro. Y en la mentalidad uruguaya un ancestro enhorquetado, de sonoras espuelas y vozarrón rural, continúa infundiendo su aliento a una forma de vida enamorada de las instituciones libres y del espíritu democrático del antepasado clan ecuestre.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



En el friso dórico de Prinia el caballo lo es todo.

Pintores italianos contemporáneos

EN la sede de la Asociación Cultural Italo-Uruguaya, se exhibe una importante exposición de artistas italianos contemporáneos. Esta muestra es auspiciada por la Comisión Nacional de Turismo del Uruguay y la Embajada de Italia. En un prólogo que se refiere a la citada exposición, nuestro compatriota el escritor José M. Podestá, que se halla actualmente en Roma, dice lo siguiente: "... Esta breve muestra es un índice y no quiere ser otra cosa, pero como tal es bien certera y persuasiva, bien



Nino Caffè. "Baristas".

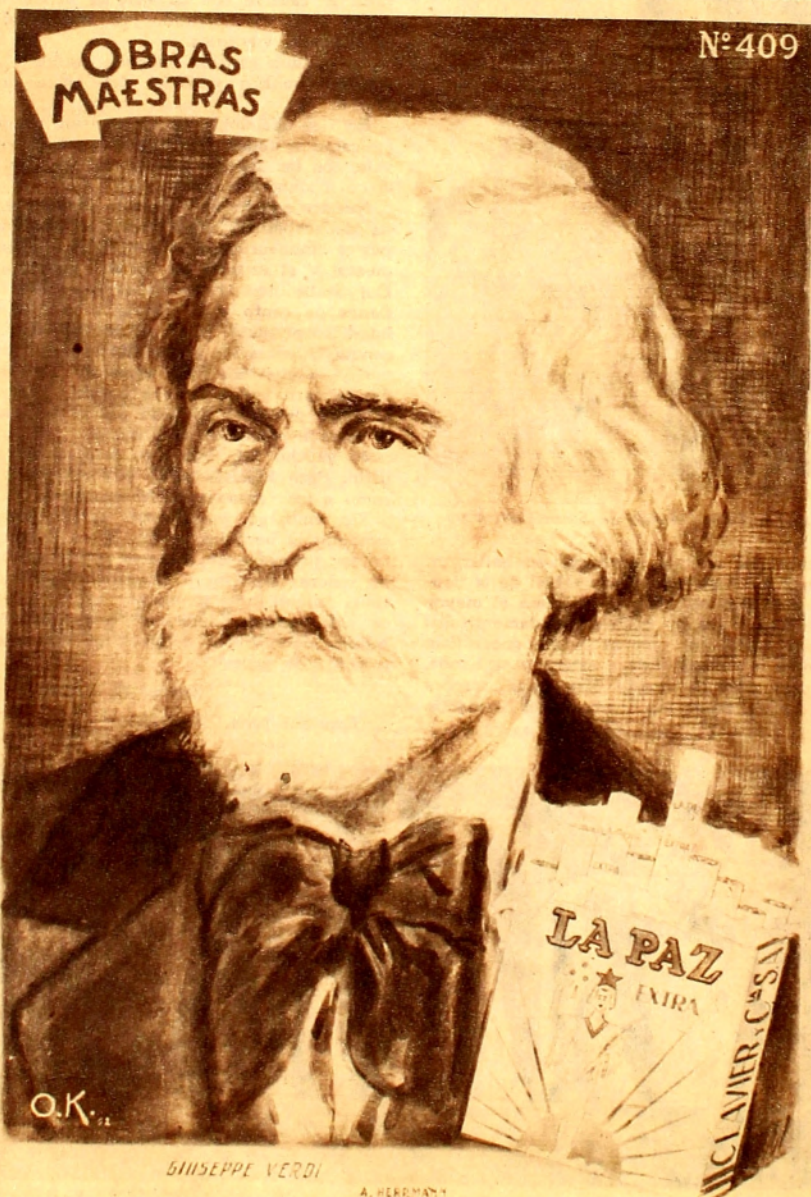


Iván Mosca. "Noche de luna".

atinada además y compuesta con experiencia. Ella acoge a los notorios maestros y a los más jóvenes-pintores cuyos nombres llegaron poco tiempo hace, o están llegando, a la fama internacional. Campigli, impregnado de antigüedad, pintor de figuras de arcaica elegancia; Sironi, denso y austero, dramático evocador de la periferia suburbana; Carrá y de Chirico, ligados hoy por cercanas o lejanas ligaduras a la realidad, pero vinculados tras sus largos y tan semejantes periplos, a la tradición clásica; Severini, propugnador otrora de la dinámica futurista, fiel hoy a la consistencia y a la cohesión, así en sus composiciones abstractas como en sus cuadros de alusión clásica. Ellos son los maestros de una pintura que no aparece difundida en el Uruguay con la pujanza de radiación que mereciera —y es esto es una razón más para difundirla— pero que vive ardientemente esta hora, obstinada y fecunda, de la recuperación italiana, hora de la cual el cine ha sido el exponente de más ecuménica resonancia. Junto a los nombres ilustres lucen ya, sin nublarse, los de las generaciones cercanas: Musci, recatado y delicado visionario de evocaciones y recuerdos; Pagliacci, sombrío y barroco, inventor de fantasmáticos incendios; Caffè, curioso humorista en cuyas sordas iluminaciones verdosas danza un mundo de clérigos al tiempo absurdos y realísimos; Russo, vuelto apasionadamente

como tantos jóvenes hacia el realismo post-guerra, diría mejor hacia el neo-realismo; Vespignani, una de las revelaciones de esa post-guerra, pintor y dibujante cuya habilidad evita el mero virtuosismo para mejor servir a un hondo sentido humano y a una vibrante plasticidad. Y prosigue el Sr. Podestá: "... Esta exposición presenta, asimismo, en el Uruguay, una exquisita figura de Modigliani... ", y luego: "Maestros y jóvenes en la pintura italiana de hoy no es un definitivo muestrario ni alarde de haber procedido según escocimientos insuperables, pero nudo, sí, afirmar que es una selección inteligente realizada con amor y perseverancia ejemplares dentro de las lindes de posibilidades a que estas manifestaciones han de someterse. La exposición de maestros y de jóvenes quiere ahora mostrar en el Uruguay un reflejo de alma y del pensamiento italianos: éste de la pintura que siempre brilló en Italia con las más vivas luces; éste que lo mismo desde las obras de sus artistas modernos como desde aquellas de sus artistas más antiguos y preclaros, iluminó y embelleció la vida de los hombres con los puros resplandores del arte".

Hemos preferido transcribir este escrito de Podestá, ya que él se halla donde trabajan estos artistas y conoce la obra de cada uno de ellos, pudiendo formarse una opinión completa de sus valores auténticos.



GIUSEPPE VERDI

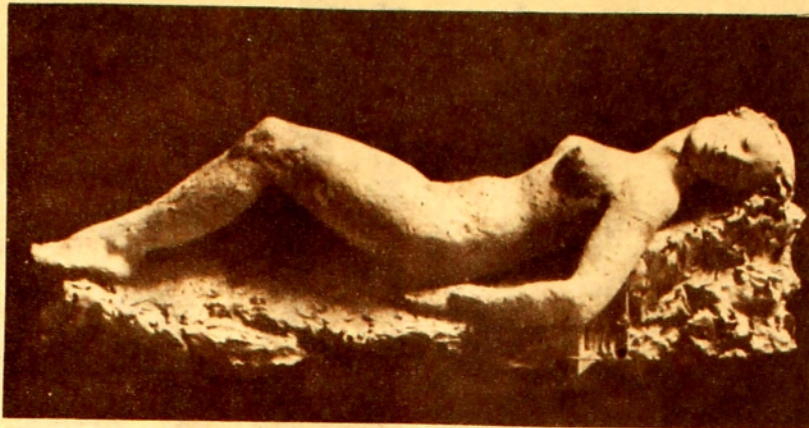
A. HERMANN



Renzo Vespignani.



Joven. (Museo de arte)



Mujer durmiendo.



Mujer sentada.

EL ESCULTOR SUIZO HERMAN HALLER

HERMAN Haller pertenece a la escultura suiza moderna. El 24 de diciembre de 1880, nació en la ciudad de Berna. El estudio de Arquitectura despierta más aún su vocación de artista, e inicia un curso de pintura. Pero es en la ciudad de Roma donde su inclinación por la escultura toma cuerpo y desde entonces se entrega por entero al arte de su predilección. Giovanni Scheiwiller, en una nota que prologa un libro de esculturas del artista, dice entre otras cosas:

"Cuando contemplo un desnudo de Haller me siento transportado fuera del vértigo de la afanosa vida cotidiana, llamado al coloquio secreto e íntimo con la obra del artista: y ahora en una región lejana y apartada, adornada de rica vegetación, pienso en su estatua en una mañana radiosa de primavera. Y creo que sólo un cielo intensamente azul y radiante puede ser digno fondo a tanta belleza..."

"De su creación — prosigue el mismo crítico — emana un lirismo profundo y continuo y una calma sorprendente..." En realidad puede decirse que la escultura de este destacado artista contiene elementos que la hacen, dentro de sus líneas enmar-

cadadas en la naturaleza, de idealismo e imaginación por medio de una aureola espiritual que le imprime el escultor, y que también refleja en la ejecución, manejando su modelado con vibrante toque — un poco Rodiniano algunas veces — y otras más ceñido a la superficie de los planos. Lo que dice claramente que Haller no es un amanerado, sino que interpreta el modelo o la idea que se propone realizar. La idea moderna de la escultura, la posee sin por ello desintegrar las formas ni alterar la construcción de lo básico. Lo que está más allá de la naturaleza y le pertenece totalmente, es ese don expresivo que trasunta la fuerza de un espíritu sensible al movimiento y a la causa de él. Así le vemos en distintas obras tratar de distintas maneras su ejecución, y es que la expresión que desea imprimir el artista varía según lo ideado, y la idea cobra forma llevada por ese contenido que fuera de lo aprendido, se hace sentir con fuertes virtudes plásticas en el acopio de lo instintivo mientras se madura la obra. Este instinto, ese otro sentido que posee el artista, le lleva cuando está dotado a imponer, aún dentro de todas las formas formales, su personalidad.

Por eso Haller tiene, ya un abandono en la pose elegida o mejor, sorprendida del modelo, que se halla por sobre la realidad captada, y nos da ese aplomo del cuerpo distraído en algún menester, o simplemente pensando. Porque observando las esculturas se advierte la sencillez de sus conceptos, la comprensión fácil y la realización aparentemente sin esfuerzos. Aún dentro de la "pose" de modelo profesional,

sabe salir airoso por esas condiciones maravillosas de escape. Uno de sus secretos es darnos la vida misma, las emociones de la vida en lágrimas o en sonrisas ("Joven que llora") o ("Figura de jardín"). Siempre existe un acento marcado que rebasa lo conocido, lo observado por la mayoría. El verdadero artista conoce, es dueño de ese impulso... Y la detención dentro de las formas de ese espacio controlado es el que admiramos, el que se nos impone con categórica fuerza, el que nos queda grabado y el que nos hace sentir la obra. Dentro de esas concepciones que rebasan lo normal, está el sentido del equilibrio. Este es el difícil de lograr, el que se consigue en la madurez y el que finalmente define el valor vital del artista.

Por ello, la madurez aparentemente ceñida a la forma de Haller, posee ese "duende". Es íntimamente expresivo, y la expresión es dada de adentro hacia afuera. Su escultura es dinámica y debido a su jugoso modelado mantiene a flor de piel un vibrante palpitante. Haller modela con preferencia el desnudo de la mujer. En ello va su conocimiento aplicado en la variación de los medios expresivos y en el encanto que sabe dar a la pose elegida. Al movimiento que gira enderredor de actitudes suaves y a la gracia que domina en éstas. Admiramos su "Fueitiva", donde la actitud expectante y encubierta al mismo tiempo nos dan un armónico sentido de la composición del movimiento. Y la "Donna Seduca", y las bellas figuras de terracota. La "Mujer que llora" y otras que observan los ángulos de composición, manteniendo

el movimiento de los espacios y el valor de los planos. Estas estatuillas tienen la virtud de la realidad interpretada. Pero tenemos en Haller otro carácter definido y más espiritual que apoya las cualidades de una elevación interior. En ellas el artista suaviza el modelado, lo afina, lo sostiene dentro de una superficie cuidada sin hacer alardes de perfeccionamiento ficticio, y al concepto lo eleva con una especial dosis de sublimidad. Entonces sus figuras se hacen menos reales y un velo abstracto parece ceñirse en toda la envoltura del modelado.

Así nos expresa la soledad, las figuras para los parques y jardines, y algunas de bailarines, y también su "mujer durmiente". Haller va a París en 1907, pasando por Berlín. Sus obras se hallan en las galerías de arte moderno de Hamburgo, Berlín, Berna, Colonia, Dresde, Mónaco, Rotterdam, Viena y en importantes museos y galerías de otras ciudades europeas, así como en colecciones particulares de América.

E. V.

(Datos biográficos del libro de Scheiwiller, editado en Milán en 1931).



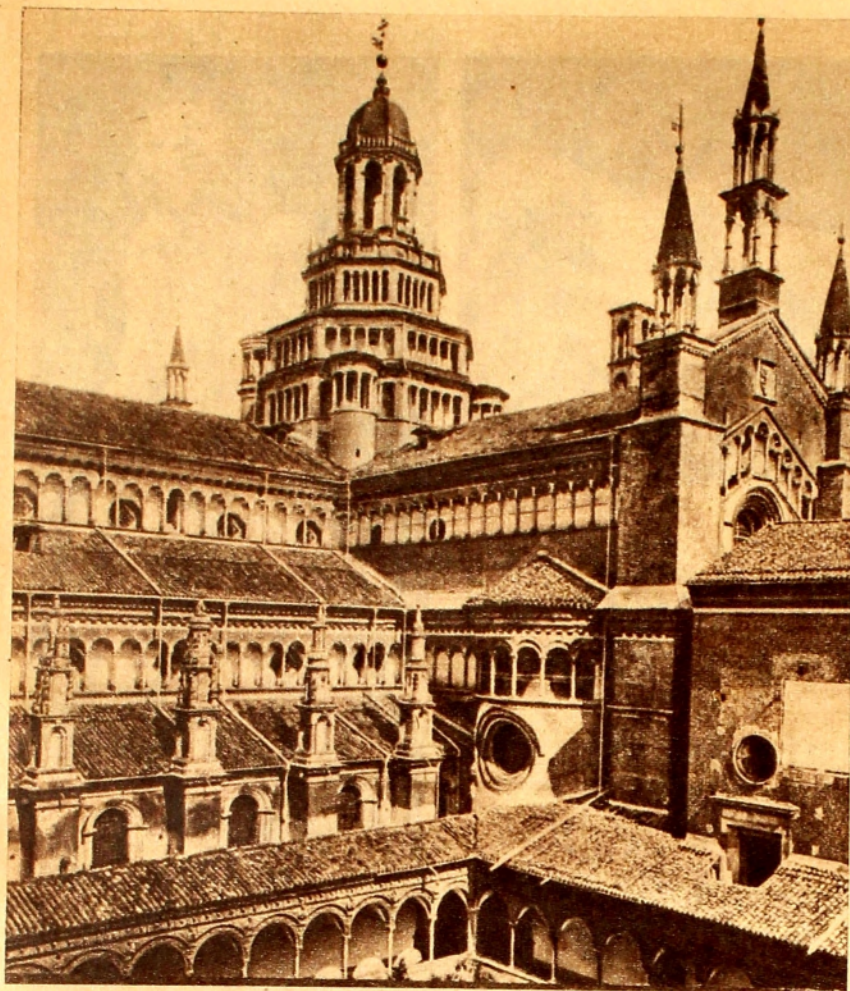
Estatua para el jardín.



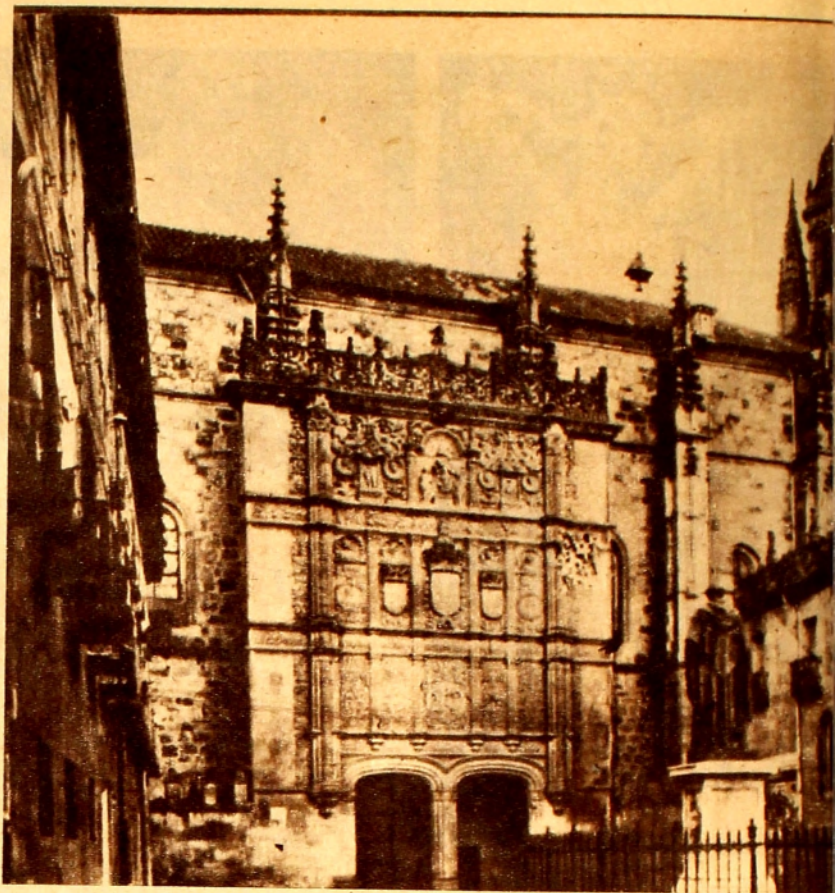
Busto de Alfredo Flechtheim.



Muchacha llorando. (Museo de Arte).



Complicaciones hasta el infinito, (patio claustral) en la Cartuja de Pavia.



Lo visigodo y lo inquisitorial, sombras medievales y exuberancia plateresca, claustrales Escuelas Menores.

PATIOS VACIOS Y

COMO Buffón, pasó la vida Enrique Fabre catalogando especies animales. Vegetales también. Y lo más apasionante de esta ciencia —decía— no consiste en hallar insecto nuevo, o planta desconocida, o flor exótica, sino esqueleto seco, o concha sin ocupante: en ese imaginar o reconstruir al animal muerto en el hueso enterrado, o en la concha que le sirvió de albergue. Visitando un palacio, un castillo, un convento, una ruina, ¿quién no sintió alguna vez aquella pasión de Fabre? En lo que tienen de concha vacía, modelado de hombre muerto, e imagen intocable de hombre "que estuvo", y conserva de una parte de aquel hombre, el palacio, el castillo, el convento o la ruina.

Anduve en estos días por el castillo ruinoso del papa Clemente V, en Villandraut, vacía concha imponente, y pensaba en la pasión de Fabre. Porque todo el hombre, aquel hombre, el papa que instaló el papado en Francia, está en el modelado de esta concha: la que hiciera él mismo a la medida de su cuerpo y alma como segrega el molusco la suya (caracol, cangrejo, ostra), contorno de su gelatina. ¡El castillo de Villandraut, concha-imagen del papa Clemente V! El enorme castillo-palacio, sobre el pueblecito en la landa perdido y que nada cuenta, ni dice, ni significa para el papado, pero es el pueblo donde el papa nace, solitario y aislado, preocupación de cosecha y de terrones. Una corte pontifical dentro del castillo, y más aislada todavía. Torres enormes de fortaleza que no amenaza nadie. Patio de honor, la mitad del castillo. Hosca y ancha la muralla desnuda, de ornamentaciones huérfana. En un rincón de torre, la capilla, más que oratorio sótano. Caballerizas, toda un ala castillera. Y fuera de los caminos del mundo todo ello, nueva Roma extraviada en la landa de Burdeos. Desde la tierra en torno —pino y viñas— pequeño aparece el papado solitario de Clemente V: pequeñitos el pueblo y el designio; nómada el ambiente. Con una ruda grandeza, sin embargo, cuando a la muralla se aproxima uno. Pero adivina en seguida, y respira, el complejo de inferioridad, signo de este papa. Y el "quiero y no puedo" de su papado. El miedo. Sin pretexto. La ambición contenida en el hombre inferior a su destino. La soberbia que se entierra. Sin extinguirse nunca. Y, en el fondo, el campesino todavía vivo en el seno del hombre letrado... y papa; aspiración a todo; vacilación ante la grandeza que exige el peligro y el riesgo. Exhibición de poder, en cambio, ante el pueblecito nativo de aquella misma grandeza que huye de Roma en guerra. El tímido constitutivo que era Clemente V, todo el poder en la mano, y que el poder exhibe donde sea... o donde puede. Asombro del pueblecito y para el

pueblecito que viera nacer al papa. Asombro del pariente, del amigo de juventud, del enemigo pueblerino aún. Elemental satisfacción del tímido, a pesar de su poder. A pesar del mismo poder que por temor no exhibe en Roma. ¡Cómo explican esta concha vacía, y el lugar donde la concha queda, al hombre con visión de campanario, alma de aldeano y pequeña, que fuera Clemente V!

Recibido en Venecia, cuando hacían amistad para la guerra venecianos y otomanos, un embajador del Gran Turco le decía al Dogo: "Tu palacio es bello, bellísimo, pero tu patio es triste. Y la fachada, lo más bello de tu palacio, es el placer de "los otros", de quien pasa y la mira, o te mira y te admira. El patio, que es "tu fachada", la fachada para ti, debiera ser, sin embargo, lo mejor de tu palacio". Hablaba un musulmán, ciertamente, y en musulmán juzgaba: concepción de la casa como resorte íntimo; la fachada, el exterior, para los otros, para quien pasa y mira, un muro blanco, entero y sobrio, nada más; para él los salones, los tapices, las sedas, los arabescos... y "su fachada", la maravilla del patio árabe: columnas y arcos cerrados, estucos y mosaicos, piedra blanca en encaje labrada, decoración geométrica... y las fuentes que cantan. ¡Cuántos patios aún (de palacio, de castillo, de convento, de ruina), fachada interna, íntima, y concha vacía, modelado y conserva de hombre muerto, imagen intocable! Porque hay patios con la elocuencia de una historia elocuente, manuales de la mejor psicología aún, testigos de costumbres, de épocas, de mundos, imagen y clave del hombre "que estuvo".

Acaso en ningún otro lugar es tan sensible este fenómeno como en las "villas" romanas, en los palacios árabes, en los patios claustrales de los conventos románicos. Villa Ludovisi, en Roma, villas Borghese y Albani, palacios Farnesio y Doria, conchas vacías con la medida de "su" hombre, de su tiempo y de su mundo. O la Alhambra de Granada, el Alcázar de Sevilla, el Palacio de Cluny, en París, los Agustinos de Toulouse, los patios de Salamanca, de Toledo, de Siena...

¡Las "villas" de Roma! Lo primero que adivina uno —e Hipólito Taine lo apuntaba hace ya casi cien años— es el gran señor hombre de corte a la manera del siglo XVII (como si anticiparan el siglo XVII). Y a cuya medida fueron construidas todas. Y no son idénticas las "villas" romanas, desde luego, ni se funden el concepto hombre de corte y la esencia del siglo XVII, pero ¡tan vecinos son los gustos! Y en los patios, en los jardines de las "villas", lo ficticio aparece en seguida. El hombre que segregó esta concha no amaba la naturaleza libre; tenía una pasión, en cam-

bio, y era el arte del decorado. Incluso el de la naturaleza. Aun el agua "que corre" reprueban las "villas" romanas. Pero en surtidores se lanza al espacio, estalla o sube y se extiende en el aire, dibujado árbol líquido entre líneas de árboles dibujadas también. Y en urnas esculpidas cae. O en vasos de mármol se duerme. Parterres de césped entre vallas de boj espinados, con alturas de hombre estas vallas, anchas como muros y en triángulos que un solo centro une y ata. Filas cerradas de cipreses enanos en el plano primero. Jardines con nivel distinto. Escaleras de mármol y estatuas en las escaleras, o columnas truncas. Tapices bordados las platabandas floridas, los matices armónicos, diluidos los tonos. Cada "villa", un residuo: esqueleto fósil de una vida que duró dos siglos. Con la conversación en el placer primero, y las representaciones, y las sutilezas de diplomacia, en el sentido clásico italiano del concepto diplomático. Se adivina en seguida de qué manera el objeto inanimado no interesaba al hombre de esta concha. Ni tenía para él propia belleza. Y mucho menos alma. Eran apéndice simple de su propia vida, o nada más fondo de cuadro; vago además y de importancia escasa, con valores secundarios cada objeto en sí mismo. Porque toda la atención, para el hombre de esta concha, estaba en el cuadro mismo. En el drama humano y en su intriga. En aquella manera de diplomacia, la que creaba obstáculos y provocaba cuestiones que no hubieran existido si no hubiese diplomáticos. Descubre uno en seguida en las "villas" romanas, en la elocuencia de la concha vacía, de qué manera este hombre para poner su atención en los árboles, en el agua, en el paisaje, tenía que humanizarlos antes, y arrancarles su forma y su naturaleza libre, su aire "salvaje", su exuberante desorden, dándoles en lo posible máximo el aspecto de "su" salón, de "su" galería columnaria, de su patio palaciego en fin. La pintura paisajista de un Poussin (paisaje predilecto de salones en las "villas" romanas), y en cuanto paisaje —arquitectura, es el puro complejo de este fenómeno.

Pintado el campo abierto por gentes de corte y para gentes de corte que aspiran a encontrar y ver la corte aún en el fondo de sus propias tierras; personajes de corte el árbol, el agua, el horizonte.

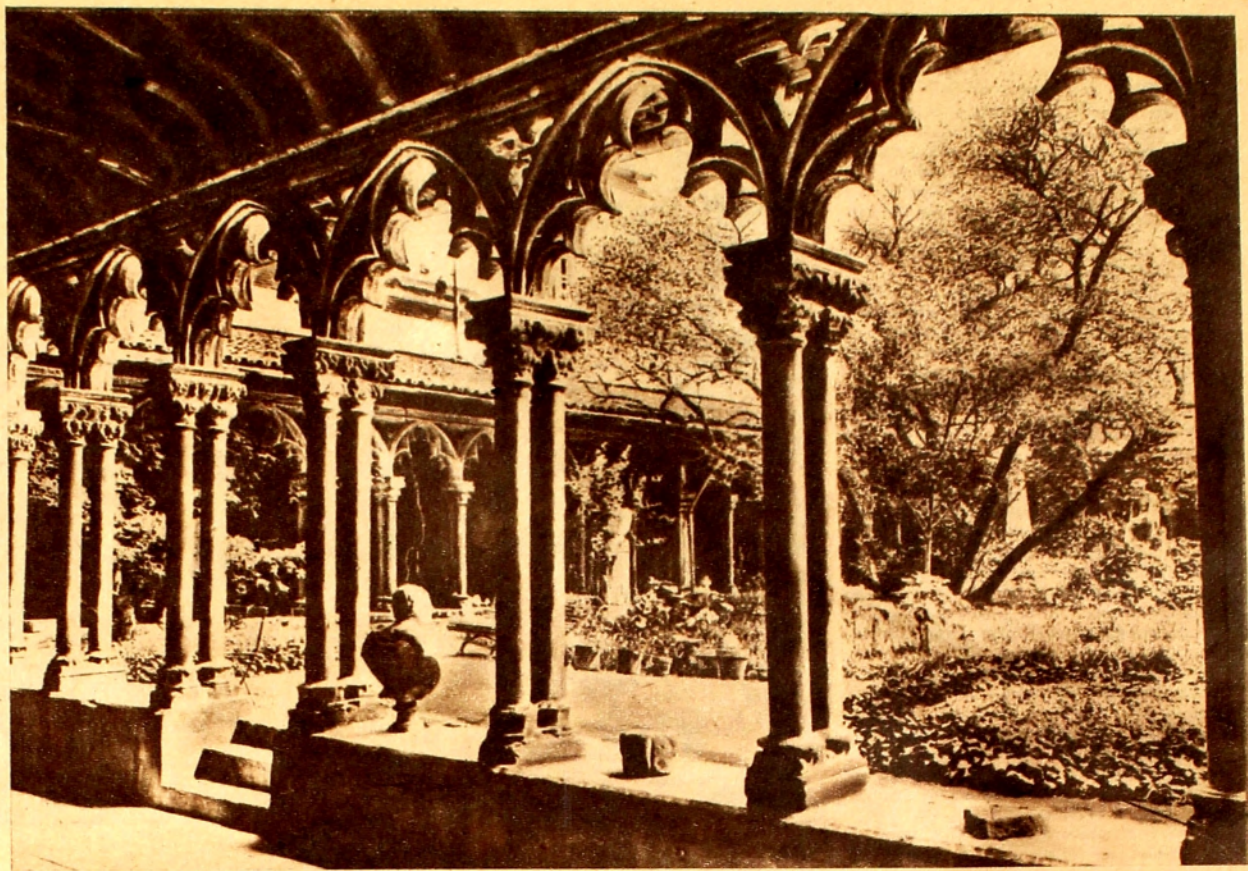
En el patio medieval del palacio de Cluny, en París, en el patio del castillo de Chaumont, en Langeais, en Ussés, en el castillo Sforzesco de Milán... ¡Qué elocuencia la de este patio, entre muros de fortaleza todavía, torres y almenas y muro sólido afuera, cuando ya están adentro los ventanales, las columnas, el decorado, la luz! La Edad Media termina y se



El patio del palacio de Cluny, en París: en la Edad Media termina y se

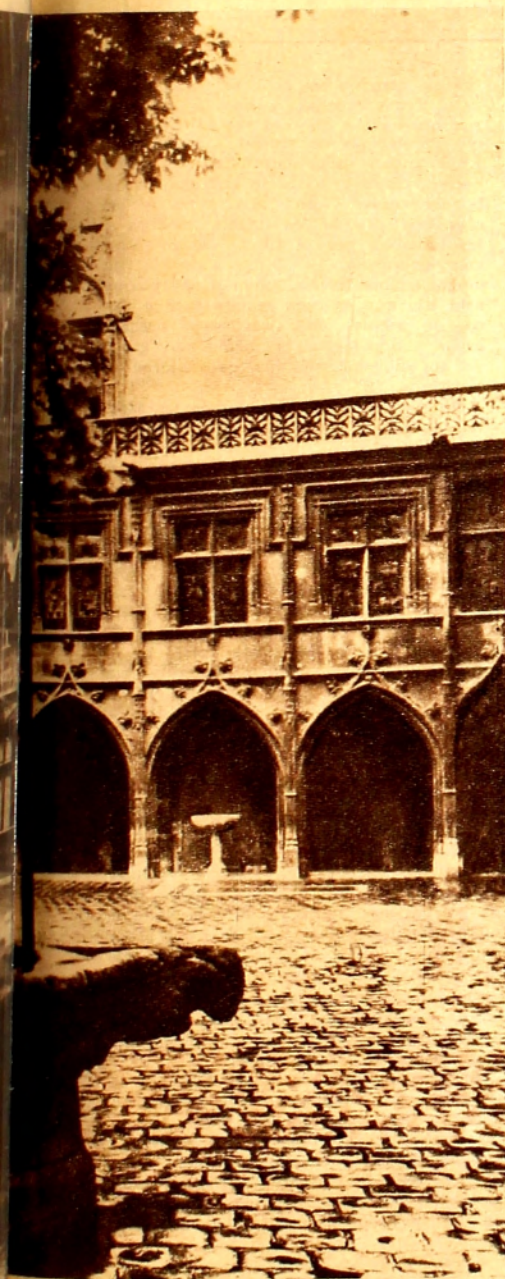


...ad, al mismo tiempo, en el patio salmantino de



El patio de los Agustinos, en Toulouse: Melancolía y aires de cuartel feudal.

EDIDA DE HOMBRE



de la Edad Media redescubre la íntegra voluptuosidad animado.

lleva con ella el sentido del castillo roqueño, inhóspito, frío, agresivo, afuera y agresivo adentro. El terror domina todavía. Siempre afuera. Pero toda esta revolución inscrita en el paso de la feudalidad combatiente al concepto primero de lo ciudadano, del "espartanismo" medievalesco al hombre que recomienza a concebir la vida como placer confortable y redescubre la voluptuosidad íntegra de lo inanimado, en estos patios está. Porque este patio que se abre, se embellece y se aclara — aprisa, — a veces con ingenuidades de juguete nuevo, tajando murallas desnudas, mientras afuera todavía la muralla existe, y queda, es el signo material primero de aquella revolución. Encuentra uno hoy esta concha vacía y está en ella la medida de aquel hombre que aprendía a vivir como hombre, sorpresa de sí mismo, arrancándose la piel y dejando la costra de diez siglos medievales.

Y al árabe civilizado de Occidente, occidentalizado ya, pero impregnado todavía de desierto, encuentra uno en los patios de la Alhambra granadina y del Alcázar sevillano. En los salones de la Alhambra y del Alcázar está el árabe. Cierzo. Como está en los palacios magroquies, en las residencias del Cairo, de Damasco o de Bagdad. Pero en los patios de la Alhambra y del Alcázar, y no en Marruecos, ni en Egipto, ni en Irak, entera está la peripetia dominante que al primero de nuestros milenios con el segundo encadena: la presencia del árabe que Occidente se hizo, en España, en Italia, en Sicilia, en Francia, en el Mediterráneo entero. La más inaudita trasmutación de raza de que se tenga memoria. El hombre que viene de la arena y de su caballo, de su nomadismo y de su dogma de guerra. Sobrio, primitivo, agreste. Pastor y soldado. Y descubre de pronto, también él, la irresistible voluptuosidad de todo lo inanimado. La Alhambra y el Alcázar: explosiones de lujo desbordante para el hombre del desierto, de voluptuosidad ignota, en el agua que corre, salta, canta, y entre arrayales se derrama libre; explosiones de lujo desbordante, de voluptuosidad ignota, para el hombre quemado por el viento sahariano, la húmeda frescura de los mosaicos, entre columnatas que son bosques estilizados, de palmeras. Lujo y voluptuosidades para el nómada primario, este estar en su concha, fija, y en la concha, a su medida, el desbordamiento libre de todas las fantasías. ¡Qué conquista sobre sí mismo son el agua, y el fresco, y la paz perfumada, a chorro abierto, para este conquistador!

La melancolía de los patios claustrales románicos. Concha maravillosa para ima-

ginar a su hombre. Porque entra uno en el claustro románico de Santo Domingo de Silos, en España, o en el de Santa Creus, en Cataluña, o en el de San Bertrando de Cominges, en Francia, o en San Trofimo de Arles, en la Abadía de Cluny, y comprende en seguida que toda la arquitectura románica es arte monástico y entera se explica en el patio claustral. Pero antes está el monje, el de entonces, y lo descubre uno, lo encuentra y lo "ve", en los viejos patios claustrales románicos, concha sin ocupante hoy. A su medida. Secos como el monje medieval, sombríos como aquel monje, pesados y sólidos como él mismo. Con esa punta de agresividad, de rechazar al extraño en la fe, que es lo propio de aquel monje dado a batallar con su cruz y a imponerla; imaginador de guerras de cruzada, y de guerras de religión. Conquistador de bienes conquistando almas. Porque vive todavía en los claustros románicos, bajos de techo, columnata espesa, anchura, amplia tierra en cuadrilátero encerrada, ese afán de reunir hombres, de enregimentarlos, de conducirlos a una lucha espiritual por la fe y para la fe que, cien veces y por propia inercia, fatalmente, en guerra verdadera se convierte. Con la inercia irresistible de quien soldado de la verdad se imagina. Nada tan semejante a lo que pudiera ser cuartel feudal como las galerías columnarias de estos patios monacales.

Más de una vez busqué y hallé a la vieja Salamanca española (y hay en la imagen todo un complejo español) en el patio salmantino de las Escuelas Menores. Lo que se contradictorio hay en el com-

plejo español: arcaico y nuevo, inquisitorial y libertario, de incompreensión y de transigencia, de claridad y de tinieblas, de alboroto y de serenidad... Ese fondo gótico, en el patio de las Escuelas Menores (lo visigodo y castrense español!), en la catedral que asoma y su silueta impone sobre la exuberancia plateresca de la fachada universitaria. Un ala todavía con sombras medievales. Un monje de bronce en medio... y ese monje es Fray Luis precisamente. La clara y limpia serenidad en la fachada de las Escuelas. El clamor barroco del convento de las Dueñas que se adivina ya. Y, adentro, en la Universidad, esa lucecita de libre inteligencia que brilló siempre y a pesar de todo. La lucecita inteligente por lo visigodo y castrense aplastada, con "su" Fray Luis enfrente, con su serena fachada. Y luciendo siempre. Aún en los peores tiempos. Hasta que el peor tiempo de hoy extinguió la libre lucecita. Pero ¿es otra cosa la España "imperial y generalista" de hoy que lo castrense visigodo en su estado más puro?

¡Cuántos patios aún (de castillo, de palacio, de monasterio, de ruina), fachada interna y concha vacía, imagen y medida del hombre "que estuvo", conserva de hombre, de tiempo, de drama o de fiesta, de creación fecunda, de revolución, de cuna o de crimen!

J. B. TOLEDO.

PARIS, 1952.

(Especial para EL DIA).



En París, los patios-jardines del Louvre son un compromiso entre ayer y hoy.

CUANDO a principios del siglo XV, España inicia la grandiosa gesta de descubrir nuestras tierras, y conquistar lejanos imperios, más allá de la fabulosa Catay, estaba en el periodo final de su guerra santa al musulmán; sus ejércitos habían abatido fortalezas y conquistado ciudades, — sólo quedaba para rescatar Granada, — con la espada de sus caballeros, con la cruz de sus monjes.

Bajo estos signos, exaltando al máximo las virtudes guerreras de una altiva raza, y una fe religiosa que se expresaba con un fanatismo que no conocía vallas, impulsó sus carabelas en el ignorado mar a conquistar tierras, oro y pedrerías, a soguzgar desconocidos hombres, a rescatar para el reino de los cielos, almas impías y extraviadas.

Llegaron las débiles naos a los confines del mundo, a las blancas playas de América, a navegar ríos torrentosos, cruzar bosques donde acecha el indio y la fiera, esalar montañas con fiebres y privaciones, y abaten los ricos imperios del inca y del azteca, y conquistan tierras de salvajes tribus en verdes valles, y estériles desiertos, con el mismo gesto alucinado que ilumina una espada y guía una cruz.

El asomar de cada conquistador a su prometida tierra, la visión de nuevos horizontes, les infunde a cada uno de ellos un distinto concepto, un pensamiento predominante, que más que una pintura del paisaje o de los hombres, es el retrato de sus más íntimos sentimientos, los perfiles de su propia personalidad.

Es una curiosa visión al revés, como si los escritos que reflejan sus memorias, señalando sus gestos, fueran como un apagado espejo que nos devuelve en el tiempo los rasgos de un carácter: ternura o fiereza, ambición, intrepidez, vencimiento y triunfo, materia o espíritu.

Conocemos en sus más íntimos detalles los sucesos de la azarosa navegación del genovés Cristóbal Colón, con sus proas al ignoto mar, sin más noción que las estrellas y las singladuras que realizaban, moteando desconocidos horizontes, crispados los nervios, tomados por la desesperanza, siempre rumbo al Oeste, en mares de sa-

gazo, en la visión augural del vuelo de algunas aves terrestres.

Todo eso es perfectamente conocido;

pero esos sucesos se desarrollaron con tal tensión dramática, y en un clima tan angustioso, que ninguno de ellos permite



Llegada de Colón a las playas de América, el 12 de octubre de 1492, iniciación de un capítulo primario de la Historia Universal.

ESPEJOS DEL ALMA



La relación y comentarios del gobernador Alvar Núñez Cabeza de Vaca, de la conquista de América.

Portada de la primera edición de "La relación y comentarios del gobernador Alvar Núñez Cabeza de Vaca", editada en el año 1550, precioso documento de la conquista de América.

dibujar la personalidad de Colón en su rasgo típico.

Producido el milagro del descubrimiento de las nuevas tierras, el 12 de octubre de 1492, serenos los espíritus, calmadas las ansias, Colón estampó estas palabras en el Diario de Viaje, en el primer encuentro con los hombres de América: "Yo porqué nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra Santa Fé, con amor que no con fiereza, les di a algunos de ellos nos bonetes colorados y cuentas de vidrios que se ponían al pescuezo y otras cosas muchas de poco valor, con que hubieron mucho placer, y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde nos estábamos, nadando y nos traían papagayos y

"hilo de algodón con ovillos y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrios y cascabeles. Ellos andan todos desnudos, muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras... no traen armas ni las conocen, porque les mostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. — Ninguna bestia, de ninguna manera vide, salvo papagayos en esta isla que es bien grande y muy llana, de árboles muy verdes y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, qué placer de mirarla".

¿No rondan en estas palabras un espíritu sencillo y candoroso, con rasgos de ternura infantil?

¿No refleja el apagado espejo, los suaves perfiles de un Colón compasivo y humano, que vibra dulcemente a la vista del verde paisaje, y de la azul laguna que refleja las estrellas?

Y hasta el primer bautismo de sangre en América, no tiene el signo brutal con que después se desarrolla la conquista porque la primera sangre derramada es la simple ignorancia del filo acero, es la expresión de un conocimiento primitivo sin malicia, que Colón capta como reflejo de un hombre bueno, en el cauce de los más altos destinos.

Cuando Alvar Núñez Cabeza de Vaca se hizo a la mar por primera vez, rumbo al nuevo mundo, con la armada de Pánfilo de Narváez, en 1527, desde Sanlúcar de Barrameda, iniciaba una épica trayectoria que desarrollará por más de un lustro, desde las vírgenes tierras de Florida hasta el nuevo territorio del Perú, desde el Mar del Caribe al Mar del Sur, impulsado por su innato espíritu guerrero.

Después el destino, sus méritos y su valor, lo condujeron al Plata como Segundo Adelantado, en las huellas del desafortunado Don Pedro de Mendoza.

Al arribar a la isla Santa Catalina, a las costas del Brasil en el año 1541, hizo proseguir sus bajeles, con parte de la expedición, por la ruta del mar y de los ríos, mientras que él emprende con aguerido ejército la travesía por tierras desconocidas, por altas montañas y caudalosos ríos, en procura de la Ciudad de Asunción.

Épicas jornadas marcaron aquella ruta continental, animada y sostenida por su fortaleza de soldado, para vencer mil va-

Champagne

VEUVE CLICQUOT PONSARDIN

UN ORGULLO DE FRANCIA





Cognac

HENNESSY

UN VIEJO TESORO
FRANCES

Unicos importadores: FRANCISCO LOPEZ y Cia.

llas que se oponen en su marcha, acaso indiferente al maravilloso paisaje que iban descubriendo, desde las azules aguas del océano, a la visión tropical de la selva del Paraguay.

Cuando se enfrentó a las cataratas del Iguazú, cuyo curso seguía en canoas, apunta en su libro de viaje: "E yendo por dicho río de Iguazú, abajo era la corriente de él tan grande, que corrían las canoas por él con mucha furia, y esto causó que muy cerca de donde se embarcó, da el río un salto por unas peñas abajo muy altas, y da el agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe, que de muy lejos se oye, y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y más, por manera que fué necesario salir de las canoas y sacallas del agua y llevarlas por tierra hasta pasar el salto, y a fuerza de brazos las llevaron más de media legua en que se pasaron muy grande trabajos; salvado aquél mal paso, volvieron a meter en el agua a las dichas canoas y proseguir su viaje, y fueron por el dicho río abajo hasta que llegaron al río de Paraná y fué Dios servido que la gente y caballos que iban por tierra y las canoas y gente, con el gobernador que en ellas iban, llegaron todos a un tiempo, y en la ribera del río estaban muy gran número de indios, de la misma generación de los guaraníes, todos muy emplumados con plumas de papayos y almagrados, pintados de muchas maneras y colores y con sus arcos y flechas en las manos hecho un escuadrón de ellos, que era muy gran placer de los ver".

Los magníficos saltos del Iguazú, — espumas de las aguas y niebla en el paisaje —, sólo constituían para Alvar Núñez, el "mal paso", que impedía navegar las canoas; en cambio se extasia y contempla con su innato espíritu de soldado, el escuadrón indio emplumado y policromado, con sus arcos y flechas.

Y aquél soldado llegó a Asunción ungido Gobernador, donde siguió sin percibir el radiante paisaje, ni comprender a los hombres, y al cabo de breve término fué encarcelado y enviado a España engrillado.

Y mientras el viaje de retorno en la débil carabela se hacía largo y monótono, inútilmente se interrogaba como podía regresar, deshonrado en prisión, quien había jalonado con reluciente espada y denodado valor, las tierras vírgenes desde el Mar del Caribe al Mar del Sur.

Pero tampoco podía apartar de su luminosa visión, las gestas de sus soldados, la visión del escuadrón indio policromado, con sus arcos y flechas...

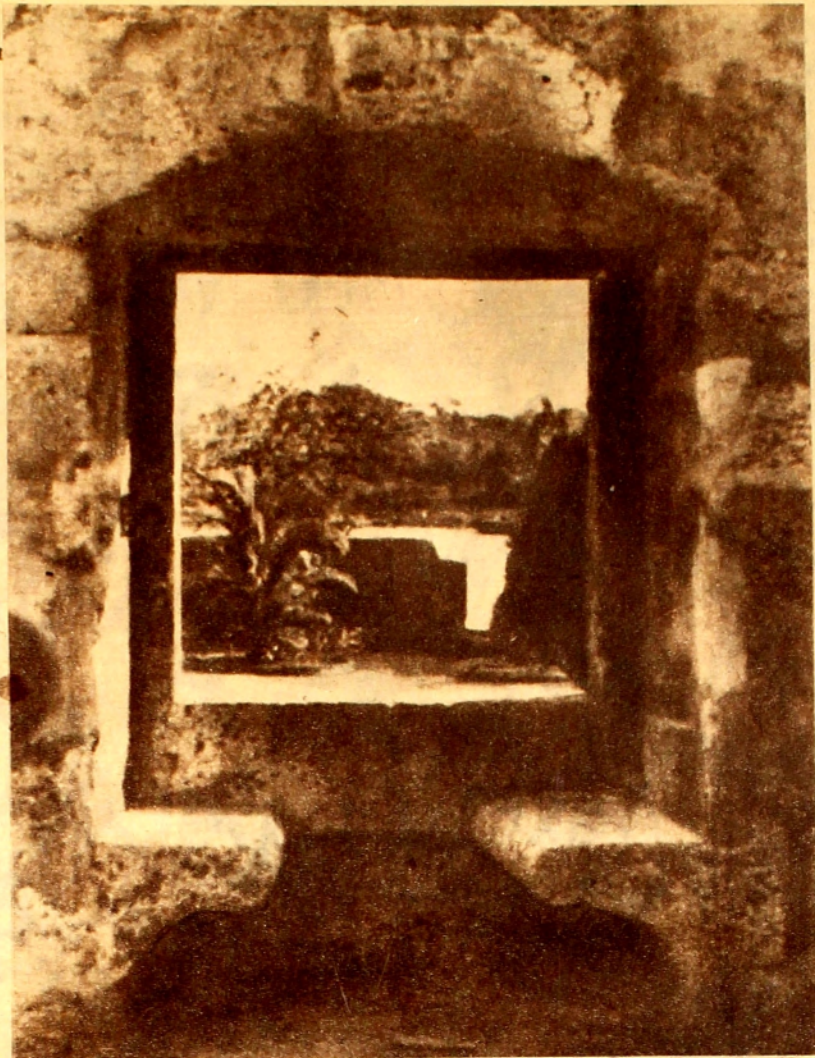
La conquista de Méjico precisaba que se abriera con aquel episodio de la destrucción de los bajeles en Tabasco, en el año 1519, para dar la tónica de los sucesos que posteriormente señalaron el abatimiento del formidable imperio azteca.

Sólo con la visión de las grandes empresas, acaso sin percibir los detalles ni tener en cuenta al hombre, sólo la majestad de la empresa emprendida por un puñado de hombres, que abaten como por arte de encantamiento del fabuloso Teyochtítlan, capital del Imperio, asiento del poderoso Moctezuma, en las dormidas aguas de la Laguna de Méjico.

Después, la retirada trágica en 1520, como la postrer rebeldía del nativo, luego la reconquista de la ciudad, y el vencimiento final de un Imperio que sabía leer las estrellas y lo astros, que esculpían la piedra, que edificaban monumentales construcciones, y cultivaban flores y frutas a la vera de la cristalina agua de sus canales.

Fué la magna empresa, que conoció la rutilante ruta entre los volcanes, hacia el verde y sonriente valle central, donde el oro tapiza los templos y palacios, de fina cantería y vigas de olorosas maderas.

A lo largo de la ruta, anota Hernán Cortés, en su segunda carta al Rey: "A ocho leguas desta ciudad de Cholula, están dos sierras muy altas y muy maravillosas, porque en fin de agosto tienen tanta nieve que otra cosa de lo alto dellas sino nieve se parece; y de la una que es más alta, sale muchas veces así de día como de noche, tan grande bulto de humo como una gran casa y sube encima de la sierra hasta las nubes, tan derecho como una viva; que, según parece, es tanta la fuerza con que sale, que aunque arriba en la sierra anda siempre muy recio el viento, no lo puede torcer, y porque yo siempre he deseado de todas las cosas desta tierra poder hacer a vuestra alteza muy particular relación, quise desta, que me pareció algo maravillosa, saber el se-



Ventana en el Alcázar de Diego Colón, primeras construcciones del español en América, cerca de la actual Ciudad Trujillo. (República Dominicana)



Vista aérea de la cima del Volcán de Iztacchuatl en Méjico, que Hernán Cortés descubre en sus Cartas al Rey, en el año 1521.

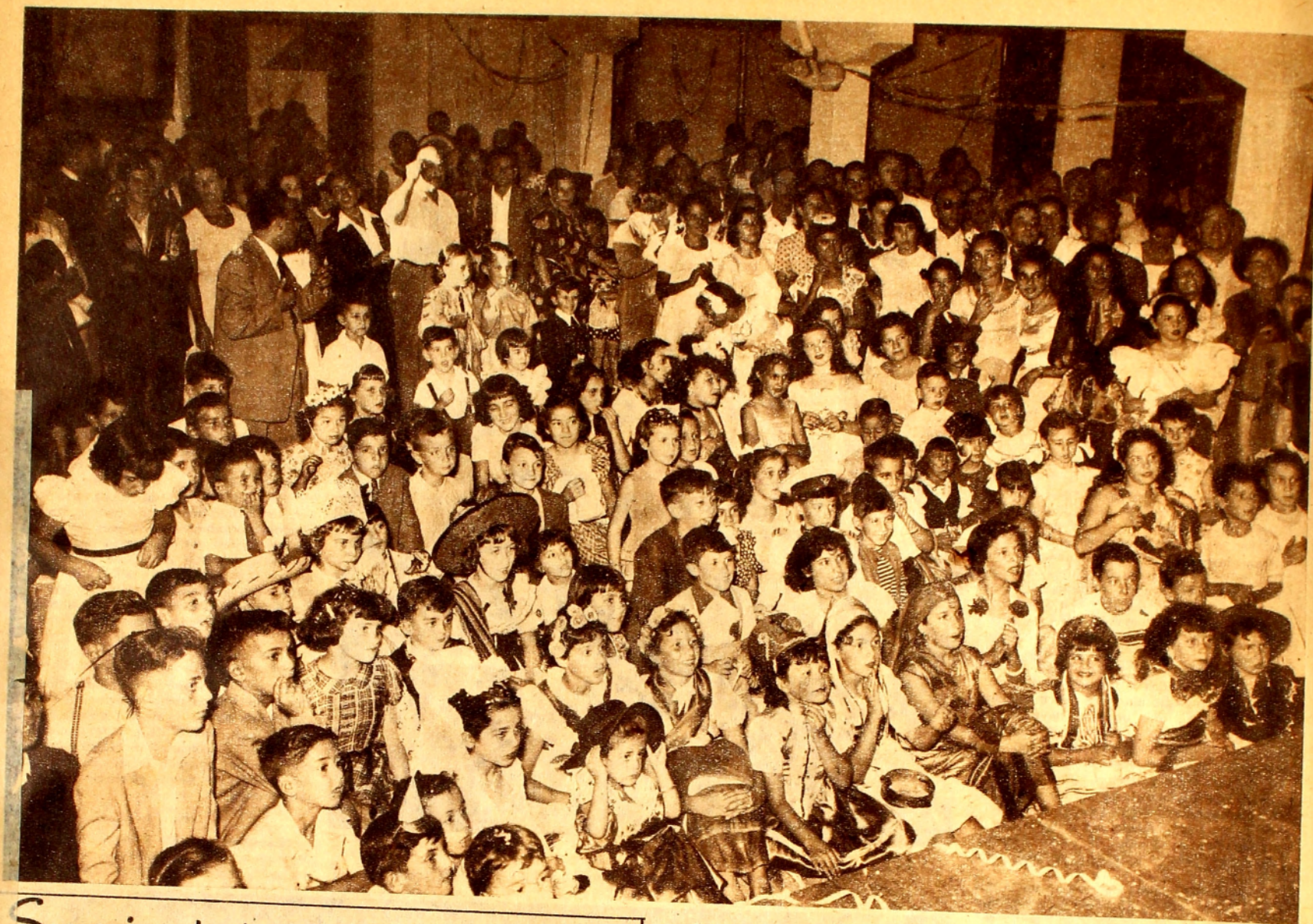
creto, y envié diez de mis compañeros tales cuales para semejante negocio eran necesarios, y con algunos naturales de la tierra que los guiasen y les recomendaron mucho procurasen de subir la dicha sierra y saber el secreto de aquél humo, de dónde y cómo salía. Los cuales fueron y trabajaron lo que fué posible por la subida, y jamás pudieron, a causa de la mucha nieve que en la sierra hay, y de muchos torbellinos que de la ceniza que de allí sale andan por la sierra y también porque no pudieron sufrir la gran frialdad que arriba hacía, pero llegaron muy cerca de lo alto; y tanto que estando arriba comenzó a salir aquél humo, y dicen que salía con tanto ímpetu y ruido, que parecía que toda la sierra se caía abajo, y así se bajaron y trajeron mucha nieve y carámbanos, para que los viésemos, porque nos parecía cosa muy nueva en estas partes, a causa de estar en parte tan cálida, según ahora ha sido opinión de los pilotos".

No es el sufrimiento de Moctezuma que muere bajo el tormento; no es la masacre de los indios ni el arrasamiento de la ciudad, como si una fuerza cósmica la barrera de la faz de la tierra; es la contemplación de los majestuosos volcanes de Popocatepetl e Iztacchuatl, que superan los 5.000 metros de altura, empenachados eternamente de nieves, en sus inmensas moles que apuntan al cielo, jalones de la ruta, como escala de la magnífica empresa, y como signo del regío conquistador, cuyos sueños vuelan por las altas cimas, donde el humo sale de la sierra, con ruido que sobrecoge, más allá de las nubes...

Sentimiento ingenuo y comprensión humana en Colón; recio espíritu de soldado que nubla su visión de gobernante, en Alvar Núñez; sueños de grandeza, cimas de montañas y volcanes en Cortés, reflejan como en un apagado espejo de las almas, las crónicas de gestas gloriosas por tierras de América.

Ing. José L. BUZZETTI.

(Especial para EL DIA).



Baile infantil realizado en el Club "EL DIA", en Melilla, dedicado a los familiares de los asociados.

Sea exigente tratándose de su cutis...

Adopte las
NUEVAS
Cremas
HINDS
Sólidas
con **STERACTOL**

LIMPIAN Y SUAVIZAN más
porque **PENETRAN** más



¡Cutis juvenil! Cutis suave, delicado, cuyo simple contacto tiene la sensación de una caricia. Lúcalo usted también, adoptando las nuevas Cremas Hinds Sólidas, con Steractol, el maravilloso ingrediente nuevo que permite al cutis absorber fácilmente los preciosos y benéficos componentes de las Cremas Hinds.

No pierda más tiempo.
Empiece hoy mismo a usar las nuevas Cremas Hinds, únicas que contienen Steractol. ¡Exíjalas!



Ⓐ Cold Cream (crema de limpieza), con Steractol, penetra hasta las capas más profundas del cutis, eliminando todas sus impurezas.

Ⓑ La Vanishing Cream (crema base de polvos), con Steractol, impide el ressecamiento del cutis, dejándolo suave y protegiéndolo de los efectos de la intemperie.

¿Qué es STERACTOL?

Compuesto de colesterol, lanolina y estenol, Steractol confiere a las nuevas Cremas Hinds un poder de penetración realmente extraordinario, que acrecienta aun más el notable efecto estimulante de las Cremas Hinds y lo lleva hasta las capas más profundas de la piel.

Nuevo envase y
nueva fórmula

INFORMACION LOCAL



En el cuartel Las Piedras, sede del Regimiento Nº 1, que comanda el coronel Dn. José González, se conmemoró el 24 de febrero pasado el "Día de la Infantería". Aparece en esta nota el jefe y oficialidad del cuerpo.



Homenaje realizado a la memoria de Dante Bugallo, compañero que fué en nuestra casa periodística, dejando el emocionado recuerdo de su excelencia de carácter y sentimientos bondadosos.

APUNTES DEL DESFILE CARNAVALESCO ☆ Por Pierre Fossey





DIBUJO DE VERNAZZA.

LA DONCELLA Y "LA MORA TUERTA"

Dentro de la novelística brasileña actual, tan vigorosa y floreciente como desconocida, en general, para el lector uruguayo común, Rachel de Queiroz ocupa sitio de primer plano, compartiendo renombre y popularidad con maestros del género como José Américo de Almeida, José Lins do Rego, Graciliano Ramos, Erico Veríssimo, Jorge Amado, etc. Y es lo curioso que su temperamento femenino, que como tal podría suponersele propenso a la poesía, no la haya tentado a apartarse del realismo, que es el rasgo característico de la novela moderna a la que aquellos autores, y ella misma, han dado tan pujante vitalidad en el Brasil.

Rachel de Queiroz, nacida en la capital del Estado de Ceará en 1910, no tuvo pininos literarios. Su novela primigenia "Os Quinze", publicada cuando tenía 20 años, la reveló como un talento ya maduro, confirmado brillantemente en sus producciones posteriores, "João Miguel", "Caminho de Pedras" y "As Três Marias". Es también traductora de fuste y periodista cotizada, colaboradora de varias publicaciones cariocas. Con una selección de sus crónicas y narraciones, estampas vivas de la realidad brasileña, editó en 1948 un volumen denominado "La Doncella y la Mora Tuerta", título que responde al de uno de los capítulos que integran el libro. Es el que hoy ofrecemos a los lectores de EL DIA. — N. del T.

LA pequeña ciudad donde estaba situado el colegio se llamaba... vamos a hacer como que no recuerdo. Geográficamente pertenece al Cariri, aquella zona casi independiente que cuesta definir si pertenece al Estado de Ceará o al de Pernambuco.

El colegio era un internato, medio pa-

tiarcal, medio casa-grande de "fazenda". No tenía instalaciones modernas, carecía de agua corriente y ni siquiera exigía que las alumnas llevaran uniforme. En las pocas salas de aula (las lecciones de las "menores" eran dadas en el refectorio), se alineaban unos viejos pupitres colectivos, de diez lugares, con la madera llena de dibujos hechos a cortapluma, un agujero para cada tintero ausente y teniendo como asientos largos bancos de una pieza sin respaldo. Parecido aspecto presentaba el dormitorio, donde además de camas de todos los modelos, indistintamente de hierro o de madera, colgaban por los rincones algunas redes, pues los lechos no alcanzaban para todas y había chicas incapaces de dormir en otra cosa que no fuera sus redes blancas y olorosas traídas de sus casas.

Las monjas que dirigían el colegio eran extranjeras, no sé si alemanas o belgas, suaves y asustadizas criaturas, unas diez en conjunto, sofocadas por la turba de más de cien muchachas. Con todo, lo peor de las alumnas no era el número, sino la calidad. Junto a las niñas menudas que de noche lloraban extrañando a sus amas, había allí muchas mujeres hechas, mozas de 18 y hasta de 20 años, ya en estado de casarse y tener hijos, a quienes los padres mandaban al internato como preparación final antes de entregarlas a los maridos. Algunas apenas sabían leer; otras, ni eso. En general estaban de novia, o se enredaban en una complicación de amores y de intrigas, de billetes y serenatas que aturdirían a las pobres monjas, arias de sangre fría escandalizadas ante aquellas explosiones precoces. Las más inteligentes aprendían a

bordar, las cuatro operaciones, unos adarques de francés y a escribir correctamente una carta. Sin embargo, la enseñanza no constituía la dificultad mayor de las "madres". Las chiquitas resultaban fáciles de llevar en el estudio, pero las mayores demostraban, en general, al mismo tiempo que grandes deseos de aprender, vergüenza de sus pocas letras.

En realidad, el mal que las atormentaba estaba todo en los odios recíprocos, en las guerras de familias cuyos rancores venían a repercutir hasta dentro del colegio, dividiendo a las alumnas en grupos adversos, criadas como eran, la mayoría, en el culto de antiguas rencillas, venganzas y revanchas. Así es que las monjas terminaban cansándose de luchar contra aquellas incompatibilidades feudales, contra aquellas cuentas interminables de sangre y escándalos. Ni siquiera daba resultado conseguir que dos enemigas se abrazaran los días de confesión. En el mejor de los casos, se abrazaban rígidas, sin perdón y sin calor; en otros, se iban a las greñas a la vista de la propia "madre" que había promovido la reconciliación. Con lo que se recargaba con pecados nuevos la comunión del día siguiente. En consecuencia, las maestras terminaron por rendirse, consintiendo que se formasen en el colegio dos grupos distintos y adversos. La arquitectura del viejo desván colonial facilitó la división y disimuló sus motivos: no había en el sótano una sala bastante grande para ubicar a todas las alumnas juntas, de manera que se construyeron varios dormitorios contiguos. En el refectorio, en lugar de la mesa común de los primeros tiempos, se colocaron tres, lo que permitió dividir a los dos partidos extremistas, con un grupo de imparciales en la del centro. Porque también había neutrales: hijas de gente de lejos, de pequeños negociantes o pequeños propietarios, a las que no incumbía tomar enrolamiento en ninguna de las dos facciones.

Dos eran, en efecto, las principales familias en conflicto, causantes de la mayor parte de las depredaciones y crímenes en la zona: los Pereira y los López, respectivamente primos hermanos, porque unos y otros descendían de la misma abuela. Había sido, justamente, la herencia cuantiosa de la millonaria vieja la que iniciara la enemistad, ocasionando el choque entre dos cuñados, uno hijo y el otro yerno de la difunta. Por los tiempos a que me refiero, la lucha estaba ya en la tercera o cuarta generación. Del parentesco que los unía, separándolos, en vez de avergonzarse se enorgullecían, comparándose a las familias reales, siempre vinculadas por la sangre y siempre enemigas. Se comparaban con especial deleite con los descendientes de la reina Victoria, nietos como ellos de una misma ilustre matriarca, y que sin embargo en la guerra del 14 se habían devorado unos a los otros sin compasión. No se extrañe que aquella gente tuviera estos conocimientos históricos, porque siempre los campesinos se interesan por la política y por los reyes.

Al regreso de unas vacaciones de junio, un drama sentimental sacudió el colegio: a Linda Guimar, flor y nata de la casa de los López, que en breve iba a casarse con uno de sus primos, apareció vestida de negro, toda de negro y con crespón en el sombrero, como una viuda. Su novio había sido asesinado. Lo había matado a cuchillo un sobrino de "Sinhó" Pereira. Se había consumado el crimen a la salida de la iglesia, sobre su propio atrio, por lo cual el templo casi sufrió la censura eclesiástica. Luego los romeros comenzaron a hacer peregrinaciones hasta aquel sitio, pues todo el mundo sabe que un lugar manchado de sangre inocente tiene virtudes y obra milagros.

Pero Guimar no se conversó acerca de la tragedia, no se desahogó con nadie. Volvió a sus aulas, a su bordado y para gran espanto de sus amigas, no dejó de trabajar en el ajuar, no modificó siquiera el monograma de las iniciales del novio: dos LL entrelazadas con que marcaba la ropa de cama. Rezaba mucho y no hablaba nada. Nunca más pronunció el nombre de Laurindo López, el frustrado esposo, al que antes, novia feliz, se refería continuamente. El recuerdo del muerto parecía más enterrado en su corazón que el cuerpo bajo la tierra.

Tres meses después, ya en octubre, estaban las chicas en la sala de costura esperando la hora de la novena. La mulata de la portería pidió permiso, entró y entregó a la monja un telegrama abierto, mandado por la superiora. Lo leyó lentamente. Se puso muy pálida y llamó a una alumna de las "grandes", Leonor Pereira, mujerón de veinte años, alta, nerviosa, muy soberbia. Sufrió de un ligero estrabismo y por eso las compañeras la llamaban "Mora tuerta". La moza llegó tambaleando, pues nunca un telegrama trae buenas

noticias. La monja le entregó el papel, murmuró unas palabras respecto a "los designios de Nuestro Señor"... Leonor leyó y con un grito agudo, deshumanizado, cayó al suelo presa de un ataque.

Habían matado a su padre, "Sinhó" Pereira, en plena calle, de dos tiros en el pecho. No le habían dado tiempo ni de echar mano a las armas. Cayó de rodillas y cuando todavía no había expirado ya los "cabras" que lo hirieron desaparecieron entre una nube de polvo, a todo lo que corrían sus caballos. Nadie pudo o nadie quiso identificar a los matadores; sobraba con el convencimiento de que se trataba de gente de los López.

La "Mora tuerta", tirada en el suelo, se revolcaba y apretaba los puños, gritaba cada vez más alto. Pero no había en su desesperación ninguna debilidad histérica de mujer, sino fuor demoníaco, un paroxismo de ira. De pronto se irguió, apartó nerviosamente a las chicas y monjas que trataban de aplacarla. Giró su mirada siniestra por las caras que la rodeaban, como buscando a alguien. Y lentamente, semejante a una fiera que se levanta, apoyó las manos en el suelo, se arrodilló y por fin se enderezó totalmente, como si luchase con el peso de su dolor y de su odio. Después se encaminó hacia Guimar López, que se había quedado sentada, bordando sus monogramas, como si nada hubiera sucedido. Le arrancó las agujas de las manos y las rompió violentamente, tomó a su enemiga por los hombros y se puso a sacudirla y a maltratarla. Guimar no reaccionó ni procuraba huir, hasta que las otras alumnas vinieron a libertarla de la agresión. Leonor cayó entonces en un nuevo ataque y fué llevada en vilo a un gabinete vecino al dormitorio de las monjas. Encerrada en un cuarto oscuro, no hacía sino sollozar y desear desgracias a los causantes de su duelo.

Así pasaron varios días. La tercera noche, la monja que dormía cerca de la puerta del gabinete, fué despertada por un extraño rumor; era como un cuchicheo, un gemido sordo, intercalado con golpes. Se levantó y fué hacia el cuarto de la moza, de donde venía el barullo. Y tan grande fué su susto que no tuvo fuerzas ni para dar la alarma. Quedó mirando y oyendo, sin saber si tenía más miedo de lo que veía que de lo que oía. Sentada a la orilla de la cama de lona de Leonor, había un bulto de mujer, en el cual la monja terminó reconociendo a Guimar a la débil luz del candilillo que alumbraba el corazón de Jesús. La "Mora tuerta" estaba amoratada por una bola de trapos que le llenaba la boca; sus brazos habían sido sujetaos al lecho con una sábana retorcida, y sobre sus piernas se había sentado Guimar para inmovilizarla. No podía impedir, sin embargo, que la prisionera golpeara con los talones en el travesaño de la cama y fué aquel ruido el que despertara a la "madre". Y bajito, pero no tan bajo como para que su enemiga perdiera una sola palabra, Guimar fué diciendo:

—Tu padre ha muerto, "Mora tuerta"... y murió a manos de mi gente. Y has de saber que tu padre se fué derecho al infierno, porque murió sin confesión. Laurindo, mi novio, al menos murió cuando salía de la iglesia, todavía con las oraciones en la boca. Y como murió tu padre han de acabar todos ustedes: uno a uno, ¿sabes?, uno a uno... Pensaban ustedes que matando a Laurindo se iban a acabar los López... Ja, ja. Mi padre ya mandó al Amazonas en busca de mi primo Luis, hermano de Laurindo —hermano de Laurindo, ¿oíste?— y yo me casaré con él el mes que viene. Y sólo voy a vivir para echar hijos al mundo, y enseñarles a manejar las armas. Así terminaremos con la raza de ustedes, sea por el fuego o a la fiera fría...

La monja lanzó un grito. Corrieron las otras, libertaron la presa. Y mientras la agresora era conducida hacia afuera, "Mora tuerta" le gritó desde la cama:

—No ha de ser sólo tu vientre el que dará hijos. Guimar López... También el mío. ¡Yo lo creo!

Ambas cumplieron la promesa. Los ocho hijos de Guimar ultimaron en un tiroteo a tres de los hijos de "Mora tuerta". Y luego los Pereira, en una venganza cuyo recuerdo todavía hace estremecer a la gente, pusieron fuego a la población de los López, matando hasta a los niños en los patios y a los perros en las calles. Vi con mis ojos las paredes ennegrecidas, los tejados por tierra, las calzadas llenas de escombros.

Pero los López se están preparando para otra revancha. En las "fazendas" de los Pereira, apenas a cinco leguas de distancia, hay mucho ganado, muchos cercados cuidadosamente hechos, mucha madera, mucha cosa buena para destruir.

Rachel de QUEIROZ.

(Versión castellana de Ramón I. Álvarez)

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



SALTANDO POR ENCIMA DE LA EMPALIZADA, TARZAN SE DEJO CAER SILENCIOSAMENTE EN LA OSCURIDAD.



DE PRONTO, VARIAS CUERDAS SE CERRARON ALREDEDOR DEL CUELLO DEL HOMBRE-MONO.



SUS SECUESTRADORES LO INTRODUJERON EN UN EXTRAÑO APOSENTO LLENO DE APARATOS Y PRODUCTOS QUIMICOS... Y MUCHOS MONOS EN JAULADOS.



UN DEBIL ANCIANO LO OBSERVABA MIENTRAS SE ACERCABA. TARZAN RUGIA DE COLERA. AQUEL CIENTIFICO DEMENTE ERA LA CAUSA DE LA CAPTURA DE LOS MONOS.



EL CIENTIFICO BALBUCEO: "HACE VEINTE AÑOS QUE NO VEO UN HOMBRE BLANCO. ¿QUIEN ERES?" SE DETUVO. PERO DE PRONTO GRITO CON LA LOCURA EN LOS OJOS. "YA LO SE, QUIERES DETENER MIS EXPERIMENTOS, PERO HAS LLEGADO DEMASIADO TARDE."



"LLEVENSELO." REFREGÁNDOSE SUS HUESUDAS MANOS, EL HOMBRE AGREGÓ LENTAMENTE. "MAÑANA... ELLO TE DESTRUIRÁ."

EL MUNDO HABLA POR LAS ONDAS DE CX32 y CXA 2

- * MERCED AL MAS COMPLETO Y TECNICAMENTE MEJOR EQUIPADO SERVICIO INFORMATIVO, COMO UN SELLO INCONFUNDIBLE DE DISTINCION EN SU PROGRAMACION COTIDIANA.
- * CX32 y CXA 2, constituyen una organización noticiosa íntimamente vinculada al diario "EL DIA".
- * SUS SERVICIOS ESTAN ATENDIDOS POR LA AG. UNITED PRESS, ANI. DE LA REDACCION DE "EL DIA" Y PROPIOS DE SU DEPARTAMENTO DE INFORMACION.
- * por que tiene instalada en sus "estudios" una moderna "teletipo" conectada a las redes internacionales de información mundial.

CX32 y CXA 2 brindan su insuperable esfuerzo, puesto al servicio de una genuina inquietud informativa y de una celosa etica profesional.

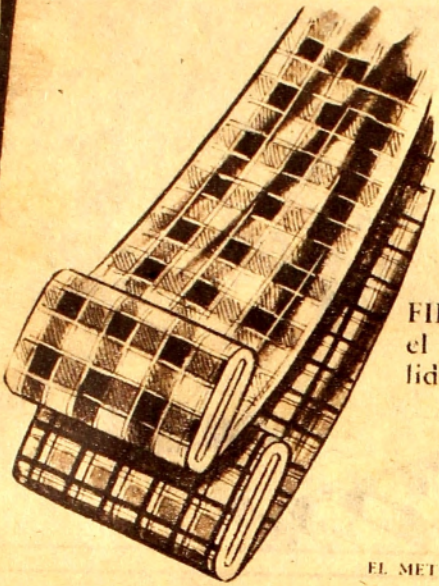
Casa Soler

SOLER HNOS. S.A.

NUESTRA OFERTA

Semanal

ACONSEJA APRESURAR SU VISITA PARA ELEGIR MEJOR

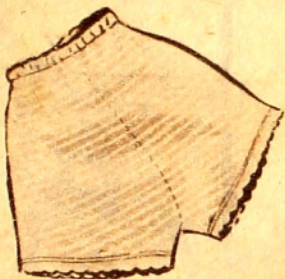


SECCION TEJIDOS

FIBRANA Escoces, el tejido de actualidad, gustos muy delicados a

\$2.20

EL METRO



SECCION NIÑAS

BOMBACHA en fuerte malla de algodón y seda, colores blanco, rosa y cielo. Talle 4 a

\$0.95

C.U.

(Aumenta \$0.15 cada 2 talles)



SECCION SEÑORAS

ENAGUAS en jersey platinado, colores blanco, cielo y salmón. Talles 44 al 50 de \$3.00, ahora a

\$2.20

C.U.

SECCION HOMBRES

REMERAS en jersey de seda, fondo blanco rayado bordó, azul y verde; cuello convertible de \$4.90, ahora a

\$3.90

C.U.



SECCION TELAS BLANCAS

SABANAS Inglesas marca "Buntex", extraordinaria calidad. Para 2 plazas a

\$12.50

C.U.



SECCION MEDIAS

Para vestir bien. MEDIAS Nylon Du Pont, malla 51. De gran duración en los tonos de gran moda para la próxima estación y en todos los talles a

\$2.95

EL PAR.

(Venta 2 pares a cada cliente)



SECCION MERCERIA

Presentamos un surtido en Lanas, Hilos, Sedalinas y Algodones para bordar y tejer y gran variedad en Agujas para toda clase de labores.

SECCION TEJIDOS

Hemos puesto a la venta, magnífica colección de Telas Glen en todas las calidades y colores.

CLIENTES DEL INTERIOR
Hagan sus pedidos contra reembolso a CASAMATRIZ
Av. Agraciada 2302 esq. M. Sosa:

VISITE NUESTRAS VIDRIERAS

EN NUESTRAS TRES CASAS

AGRACIADA 2302

GRAL. FLORES 2341 18 DE JULIO 1601